

CENIT

— sociología —
ciencia — literatura

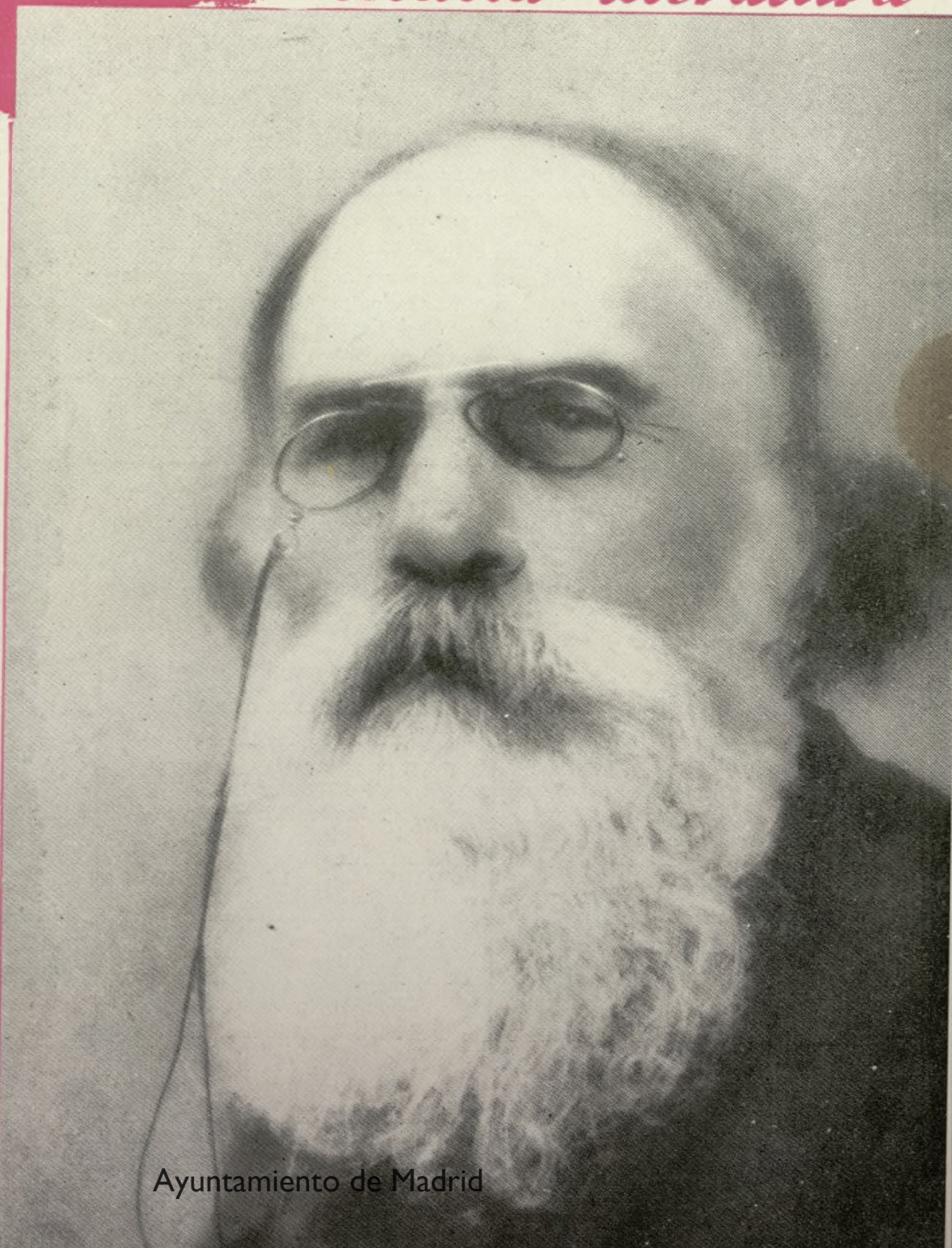


Vladimir Muñoz: Homenaje a Han Ryner.—Hem Day: Han Ryner. I.—El hombre.—Albert Camus: El artista y su tiempo.—Benito Milla: Un precursor chino del anarquismo.—J. Carmona Blanco: La libertad en el espíritu.—Herbert Read: La paradoja del anarquismo.—Puyol: A través de mis gafas.—Conrado Lizcano: La deyección azul.—Pedro Vallina: Los comedores de cerdo. Triquinosis.—Ugo Fedeli: Bibliografía de publicaciones anarquistas en lengua italiana.—Osmán Desiré: Vistazo sobre los valores.—Fritz Brupbacher: Marx y Bakunin (folletón encuadernable).

MAYO 1954 **41**

Revista Mensual

PRECIO: 80 FRs.



Ayuntamiento de Madrid

NUESTRA PORTADA

HAN RYNER

Dedicamos este número a evocar la ilustre figura del filósofo neo-estoico y humanista Han Ryner. En los trabajos que verá el lector insertados damos un resumen bastante completo sobre la obra de este sublime pensador, así también como un estudio biográfico sobre el hombre.

Hombres como el biografiado suelen pasar desapercibidos para la mentalidad media de su época. Pasaron desapercibidos también Kropotkin, Proudhon y Reclus para sus contemporáneos, y justamente ahora, en esta hora angustiosa del mundo, constatado el callejón sin salida a que nos ha conducido la mediocridad suicida del estatismo, empiezan a ser reconocidas y consideradas soluciones que se tuvieron antes por quiméricas o caóticas.

El pensamiento de Han Ryner está más cerca de Reclus que de Proudhon y Kropotkin; pero forma por sí mismo una de las más ricas matizaciones de la varia y rica filosofía anarquista, es decir, de la corriente social que tiene denunciada la pretensión benefactora de la autoridad, de la voluntad de dominio.

«CENIT», que dedica su obra a exaltar el retorno al espíritu de libertad como única táctica revolucionaria, como único fin y como único medio, se honra rindiendo homenaje a la memoria del gran libertario integralista que fué Han Ryner.

CENIT

REVISTA MENSUAL
DE SOCIOLOGIA, CIENCIA
Y LITERATURA

Comisión de Redacción: José
Peirats, Federica Montseny.

Administrador: F. Montseny.
4, rue Belfort, TOULOUSE
(Haute-Garonne).

Precios de suscripción: Fran-
cia, 204 francos trimestre; Ex-
terior, 240 francos.

Número suelto, 80 francos.

Paqueteros, 15 % de descuen-
to a partir de cinco ejemplares.

Giros: «CNT», hebdomadaire.
C.C.P. 1197-21, 4, rue Belort,
TOULOUSE (Haute-Garonne).

CENIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Año IV

Toulouse, mayo 1954

Nº 41

HOMENAJE A HAN RYNER

Han Ryner, en el universo del pensamiento, es todo un mundo de innumerables y cautivantes aspectos, teniendo como objetivo: LA ELEVACION INTERIOR DEL HOMBRE.

Banville d'HOSTEL.

El helénico Han Ryner, cuyas palabras por lo suaves, parecen suspiros, diamante por lo claras y sonido de arpa por lo armoniosas, ha muerto; corriendo, por sus sesenta volúmenes publicados, como en río de aguas claras y serenas, un precioso caudal de sabiduría, de bondad y de belleza, que ha engrosado la corriente del pensamiento universal.

Miguel GIMENEZ IGUALADA.



La filosofía de Han Ryner interesó vivamente a los pensadores anarquistas. Teresa Mañé (Soledad Gustavo) y Federico Urales, la acogieron favorablemente en las columnas de *La revista blanca*, en cuyas ediciones se publicaron los libros rynerianos: *El ingenioso hidalgo Miguel de Cervantes*, *El aventurero de amor* y *El autodidacta*. Los padres de Federica Montseny sabían espigar las más hermosas flores, en el joyel de nuestra literatura y, por eso, dieron cabida entre ellas a la prosa

ryneriana. También en Cataluña, la revista *Iniciales* levantó bien alta la antorcha de la sonriente sabiduría ryneriana, publicando la traducción de numerosos folletos del autor de *Psicodoro*. Y en Sabadell, apareció por primera vez *El quinto evangelio*, editado por Crisol. Por su parte, la *Guilda de Amigos del libro*, de Barcelona, pu-

blicó *La sabiduría riente*. Estudios, de Valencia, no quedándose atrás, abrió sus páginas a Han Ryner que, junto con María Lacerda de Moura, amante de la sabiduría ryneriana, iluminaron las páginas de aquella hermosa revista, magistralmente ilustrada por los artistas Monleón y Renau; sus ediciones publicaron *La Esfinge roja* y *La sabiduría de Ibsen*. En el exilio, han aparecido referencias, transcripciones, inéditos y comentarios de Han Ryner. En la sola revista *CENIT* (período 1951-1954) he contado dieciséis artículos en donde se comenta a Han Ryner. Bien es verdad que Elizalde, el principal traductor de Han Ryner en lengua cervantina, ha explicado la vida y la obra de Han Ryner sintetizada y que Miguel Giménez Igualada, ese artista de nuestro idioma, ha escrito páginas admirables sobre él — como el número extraordinario que *Nosotros*, de Valencia, dedicó a Han Ryner —, pero no es menos verdad que, hoy que Han Ryner ha fenecido ya, un estudio panorámico de su vida y de su obra se impone.

En los medios libertarios franceses, Han Ryner ha sido muy estimado. Como así en el extranjero. Eugen Relgis, le dedica todo un extenso capítulo de su libro: *De mis peregrinaciones europeas*, titulado «Han Ryner, mago del pensamiento». El compañero japonés Kuni Matsuo publica una biografía ryneriana y traduce *La Esfinge roja*. H. Fenster, del grupo libertario israelita de París, publica en idish: *Han Ryner, su vida y su obra*. Hem Day, el animador de *Pensée et Action* lo llama «mi padre espiritual»

y escribe la biografía **Han Ryner**. Lorulot, el animador de *L'Idée Libre* publica una decena de libros de Han Ryner y escribe elogiosos artículos sobre él, etc. Basten, pues, estos testimonios, para demostrar la simpatía de los pensadores libertarios hacia Han Ryner.

Henri Ner (**Han Ryner**) nació en Némours (Argelia) el 7 de diciembre de 1861. Su padre, Jacques Ner, estaba allí encargado de una estafeta de correos. Virginia Campdoras, su madre, era maestra. Ambos son de origen rusillónés, es decir catalán; Georgette Ryner, hija de Han Ryner, en su artículo «**En Cataluña, descubriendo el lugar de origen de la familia de Han Ryner**» (*Cahiers des Amis de Han Ryner* n. 29, p. 5, A. 9, 1953), relata de una forma muy bella dichos orígenes familiares, que tienen por cuna la ciudad de Millas y el hermoso panorama del Canigou. Tierra ésta, también del filósofo Louis Prat y del gran Rénouvier.

Han Ryner, vino a Francia con sus padres a la edad de un año, y sólo por una vez volvió accidentalmente al Africa. Sobre su infancia existe su obra inédita, titulada **Me llamo Eliacin** (*J'ai nom Eliacin*). Digamos aun que su padre era de origen humilde, siendo sus abuelos paternos pobres artesanos tejedores y que su madre era hija de un funcionario de sanidad. Para no saturar demasiado las páginas de la hospitalaria CENIT, remito aun al lector, al artículo de su sobrino Marcel Ner, titulado: «**Recuerdos familiares, de Henri Ner a Han Ryner**» (*Cahiers*, n. 15, p. 4, A. 11, 1949), en donde se extiende sobre su infancia y adolescencia. Mencionemos que su padre aprendió a leer por sí solo y era todo un autodidacta. Han Ryner describe esto en su obra **El autodidacta**, de una forma velada. Con sus padres se trasladó a Montluçon, a Tarbes y a Rognac. Luego, de una vocación sacerdotal, se evade de la fe religiosa y pasa brillantemente su licencia de filosofía en Aix-en-Provence. Enseña en los colegios de Draguignan, Sisteron, Gray, Bourgoin, Nogent-le-Rétrou y en 1895 en París (liceo Carluomagny y Luis el Grande). Se retira de la profesión en 1921. Todo esto es ya bien conocido de los lectores libertarios para que insista, empero, permítaseme decir que siendo profesor en el colegio de Sisteron (1884) hubo una epidemia de cólera en la Alta Provenza, en la cual Han Ryner, con ese fraternismo que emerge de su obra posterior, cuando casi todo el mundo huía de la peste, él alivió, curó, enterró a gente insepulta, organizó un servicio de víveres para los desamparados, etc., lo cual motivó que más tarde el Ministerio de Instrucción Pública le dirigiese las «más vivas felicitaciones por la abnegación y la sangre fría de que hizo prueba en tan terribles circunstancias». (Han Ryner relata este hecho en su inédito **Primavera marchita**, (*Printemps fané*) y en el artículo «**El Cólera**» de los «*Cahiers*» n. 1, p. 10, a 20, 1939).

Comienza a escribir muy joven, en los diarios de Aix y en 1889 publica su primera obra: **Carne vencida**, que fué elogiada por un extenso artículo de Francisque Sarcy. Es una obra de caracteres y profundamente psicológica. Liado con los felibres provenzales escribe en el idioma de Mistral, y traduce para Alfonso Daudet **Vida de niño y Criado de Granja**. En 1892 publica su libro de poemas **Los cantos del divorcio** y el ensayo poético **La paz por la vida**. **Lo que muere** (1893) es una hermosa obra sobre los niños que fenecen; «...viene la mañana agarrándome de la mano, a conducirme fuera del país del sueño, en donde los niños muertos están aun vivos y besan a su papá. En otros tiempos era muy linda, para mí, la mañana, la entrada en el país de la luz, del movimiento y de la vida. Ahora, me aparto de la mañana como de un enemigo. Tengo miedo de entrar en el país de la luz ya que no te veré, en el país del movimiento en que tú no correrás, y en el país de la vida puesto que estás muerto. ¡Qué lindo es el país de los sueños, en donde se entra

por la puerta negra, pero en el cual yo te encuentro!»). **El humor inquieto** (1894) es una novela en que Han Ryner quema ya «las etapas, helo aquí en plena humanidad, creador de seres que se mueven y sufren, sienten la alegría y la desesperanza, el remordimiento y la pena, y pueden agrupar así en torno suyo las curiosidades y las rebeldías» (L. Daudet). Luego viene **La locura de miseria** (1895) que no he podido consultar. En **El masacre de las Amazonas** critica el falso feminismo (1899), lo cual provoca gran revuelo entre las «mujeres de letras». Han Ryner pasa por el socialismo autoritario una breve temporada, pero asqueado por la política se refugia en su individualismo: «...doctrina moral que, no apoyándose en ningún dogma, en ninguna tradición, en ninguna voluntad exterior, sólo es consecuente con la conciencia individual». También en 1899 publica su **Plagio póstumo**. Han Ryner saluda al nuevo siglo con **La sospecha** (1900) y **El crimen de obedecer**, novela antimilitarista, colocándose con ella entre los pioneros de los refractarios a la guerra («objecteurs de conscience») en Francia. Con esta obra, Han Ryner penetra de lleno en las concepciones libertarias de la vida. Se une a una mujer admirable, la bretona Alicia Télot (Jacques Fréhel), la autora de **La guirlanda silvestre**, **El cabaret de las lágrimas**, **El precursor** y otras obras magistrales. Con el aliento y la ternura de ella, Han Ryner reemprende su estudio mirmecológico y de profunda psicología humana, que aparece en 1901 con el título de **El hombre hormiga**. Esta obra es tan profunda que sin duda ha de revolucionar algún día los conceptos que tenemos del Universo... «Quise contar las aventuras intelectuales no de una hormiga sino de un «hombre-hormiga», de un ser doble en el que lucharían dos espíritus, en los que el presente negaría al pasado, en los que la memoria gritaría para cubrir la voz de la sensación actual. Quise, con el choque de dos pensamientos, incapaces de comprenderse, renovar en cada página la novedad enloquecedora y atrayente. Quise hacer potente, nostálgica, oprimiente, esta verdad que banalmente se dice, sin pensarla: «Hay tantos universos como conciencias del universo». Quise humillar nuestros desdenes hechos de ignorancia y mostrar que somos incapaces aun de imaginar riquezas diferentes a nuestras propias riquezas. Los teólogos saben que un mismo término, aplicado a dos seres diferentes, cesa de ser unívoco; que toda afirmación sobre lo que no es yo debe penumbrarse con reservas y oscurecerse con negaciones; que, para emplear su vocabulario, la teología negativa es más vasta que la teología positiva. Algunos sabios groseros sólo tienen fe en la ciencia «positiva»: sus fórmulas precisas creen suprimir el misterio y, cuando las palabras se parecen, forzar a que las cosas se asemejen. Nada pueden sobre las cosas, pero matan en ellos las diferencias, que son toda la vida. Yo he querido, vigía de estremecimientos y captador de relámpagos, oponerles una tentativa temblorosa y emocionada de ciencia negativa». Hermosa obra en que se confronta la psicología animal con la psicología humana...

En 1902 aparece **La chica defectuosa**. En 1903 **Prostituidos** es una implacable crítica contra los plumíferos, los vendidos de la pluma, los escritores mercenarios, «tal libro, en nuestra profesión de emborronadores de cuartillas, abre todas las puertas del éxito, todos los receptáculos del miedo. Sin esperar más, Han Ryner rompió su fusta. Nacido con todos los dones de luchador del agora, supo truncar la brillante carrera de fustigador que se abría ante él... ¿Por qué? Porque la actitud del polemista afea, porque todo hombre que empuña el látigo se disminuye. ¿Afearse? Que lo hagan otros, exclamó el hijo de Sócrates. Y en sus brazos ya vellosos de neo-estoico ahogó a Aristófanes» (B. d'Hostel).

También en 1903 aparecen **Los viajes de Psicodoro**, filósofo, cínico, la obra maestra de Han Ryner y una de las

grandes creaciones de la mente humana. Manuel Devaldés empleó el vocablo «genio» para designarla. Psicodoro fué el gran viajero que visitó todas las provincias de la vida espiritual y al llamar «a las puertas del misterio, oyó la extraña repercusión que hacían». «Para penetrar en los arcanos de nuestro destino — escribe Florian Parmentier — Psicodoro comenzó por costear los abismos de la tectología, la cosmogonía, las dimensiones del espacio y la coexistencia de los fenómenos. Dos capítulos, en particular, son reveladores de estas investigaciones: los *Sin ojos* y *Los Dicéfalos*. En este último, el Doble Genio revela a Psicodoro el secreto de la eternidad. El infinito del espacio necesita del infinito del tiempo. El instante presente es infinito en su amplitud, infinito en su longitud, infinito en su profundidad y, por consiguiente, lo que se sitúa en el infinito de estas tres dimensiones, es decir, la totalidad de las cosas, coexiste en el presente, como coexiste en el pasado y en el porvenir, la sucesión «pasado-presente-porvenir», sólo siendo realidad en nuestro espíritu. En el otro capítulo, el de los *Sin ojos*, concebido en 1902, Han Ryner antecede a Bergson y Einstein, demostrando que el tiempo, además de su valor cuantitativo, posee un valor cualitativo. Más o menos rica, más o menos intensa, acusa por ahí una relatividad que Einstein sólo descubrirá en 1915. En cuanto a la intuición bergsoniana, encuéntrase ya en potencia en el conocimiento que hace Psicodoro de la amplitud y la profundidad que implica, para la duración y para la extensión, la simultaneidad de nuestros actos. Y en cuanto a las posibilidades que engendra la hipótesis de una cuarta dimensión, es una procreación infinita de dimensiones la que sugiere el pluralismo espacial y temporal de Han Ryner».

Aun en 1903 sale *El pequeño manual individualista*, en donde expone en síntesis sus ideas. En él escribe que Sócrates «no enseñaba una verdad exterior a los que le escuchaban, sino que les enseñaba a encontrar la verdad en ellos mismos». Frase que puede muy bien emplearse para el mismo Han Ryner. Epicuro «liberó a sus discípulos del temor de los dioses o de Dios, que es el comienzo de la locura». Jesús «vivió libre y errante... Fué el enemigo de los sacerdotes y de los cultos exteriores... Perseguido por ellos, abandonado por la autoridad judicial, murió crucificado por la soldadesca». El estoico Epicteto «soportó dignamente la pobreza y la esclavitud, siendo perfectamente feliz en las situaciones más penosas para los hombres ordinarios... También en el mismo año aparece el opúsculo sobre arte *El pintor Le Marcis* y el folleto *Contra los dogmas*, en donde se rebela contra el dogmatismo y las fórmulas que encadenan a los hombres. *La Esfinge Roja* aparece en 1905. Uno de los libros más hermosos que yo he leído. Sin embargo, algunas personas lo han interpretado mal. El malogrado Isaac Puente hizo una refutación de esta obra en *Estudios* (¿Sisifos?), n. 119, p. 3 y 4, julio de 1933, reproducida en «Cenit», n. 30, p. 919, junio de 1953. Han Ryner respondió cortésmente en *Estudios* (Acerca de la *Esfinge Roja*, n. 121, p. 30 y 31, septiembre de 1933, y *La palabra* de «La Esfinge Roja», n. 122, p. 27 y 28, octubre de 1933. Isaac Puente reconoce que es una novela de tesis, por lo tanto, las opiniones que en ella se emiten, no son forzosamente las del autor. Dice aun el compañero Puente que la doctrina que en ella se expone «es invitadora a la parálisis y a la renunciación». «Nada de eso, apreciable camarada, escribe Han Ryner. Condenar un método ineficaz de acción no implica renunciar a toda actividad. Las actitudes de no violencia tienen una eficacia exterior por lo menos igual a la de los métodos violentos y poseen la ventaja de que no destruyen el alma revolucionaria so pretexto de contribuir al éxito de la revolución. La huelga del hambre ha libertado más presos que el asesinato de los guar-

dianes». Y concluye: «Tengamos presente que no logramos calmar la furia del huracán elevando contra la tempestad un viento contrario». Interpretar tan mal a Han Ryner, calificarlo de «individualista anarquista» cuando nunca, escribe Luis Louvet (*Historia mundial del anarquismo*), «se decía anarquista — y todos los que lo han conocido bien saben a qué punto este hombre afable e infinitamente bueno lo era», es sembrar confucionismo. Demos un ejemplo para desfacer este entuerto. En 1922 se juzgaba a un pobre obrero, cuyas «ideas» sindicalmente políticas, eran las más opuestas a Han Ryner. Pero se trataba de una injusticia y se solicitó su ayuda oral para contrarrestarla. Ryner se encontraba enfermo en el lecho hacía varios días... «cuando llegó, escribe Maurice Blanchard, le reproché su imprudencia, pero me hizo callar sonriendo y me hizo notar que se había prometido venir y no era la enfermedad lo que le haría faltar a su palabra. Además, se trataba de contrarrestar una monstruosa injusticia y esto primaba por encima de todo. Subió a la tribuna. Su debilidad era manifiesta, y durante algunos minutos su palabra fué dificultosa. Pero la sa'a estaba llena, y su voluntad, pronto victoriosa, le permitió hablar durante una hora, con el mismo verbo, la misma fuerza persuasiva y la misma emoción que en tiempo ordinario. El auditorio le hizo una gran ovación y un manifiesto fué firmado afin de colaborar enérgicamente e incansablemente por la liberación del inocente... Luego Han Ryner subió al autobús y, despidiéndome, me confesó que iba a meterse en el lecho hasta que se curara».

Los primeros estoicos aparece en 1906. Nettlau cita este folleto en su *Bibliografía anarquista*. Es una conferencia dada en la Universidad popular del Faubourg Saint-Antoine, la única que se ha conservado, pues las otras fueron mal taquografiadas y se perdieron. Ryner habló allí ante los humildes de: Sócrates (15 de noviembre de 1905), Aristipo y Epicuro (20 de diciembre), Los cínicos (17 de enero de 1906), Los primeros estoicos (7 de febrero), Los profetas judíos (7 de marzo), Jesús (16 de mayo), Epicteto (20 de junio) y Marco Aurelio (4 de julio). Panorama de antigüedad libertaria, infelizmente, perdido para siempre.

Los cristianos y los filósofos (1906) es una obra dialogada sobre el exilio de Epicteto en Nicópolis. Interesante exposición de la filosofía del esclavo frigio. El subjetivismo (1909) es una obra en donde la ética ryneriana «es el libre florecimiento — dice Florian Parmentier — del individuo. Su pensamiento está entero en este librito que, de etapa en etapa, florece en fraternismo». Alfredo de Vigny (1909) es una semblanza del gran poeta. Hasta el alma (1910), hermoso drama. Viva el rey, drama bufón, y Los Esclavos aparecen también (1910). Esta última obra ha sido representada varias veces en España y en el exilio.

1910 es también la fecha en donde aparece *El quinto evangelio*, una de las obras maestras de la literatura universal. «Este magnífico poema en prosa fué escrito en Provenza, durante un ardiente verano. Cuando el autor trajo esta obra ante los ojos de sus amigos, éstos apenas lo reconocieron, tan demacrado estaba, que pensaron en el apóstol agotado por sus ayunos y su larga estadía en el desierto. La primera lectura que él hizo de este libro tuvo lugar en un modesto salón de París, en donde se encontraban reunidas algunas mujeres. Una jovencita, niña aun, estaba entre ellas. Al ritmo de las frases cadenciosas, aquellas mujeres retenían el aliento, escuchando esa Fasión nueva; la emoción pronto sobrecogió sus corazones; lentamente, como encantadas, cada una se aproximó al lector; huía la tarde como una sombra, oscurecía el ocaso los vidrios y en las últimas claridades del día se vio brillar en los ojos lágrimas que se deslizaban, y la lectura se acabó en medio de sordos sollozos. Han Ryner,

lloraba. Ninguna palabra fué dicha. Había caído la noche y allí en donde se habían reunido en memoria de él, la presencia de Jesús, se sentía a través de ese silencio, aquellas lágrimas y esa emoción divina» (Jacques Frehel). En 1910 aun, **Jules Renard**, un ensayo.

El hijo del silencio (1911), grandioso libro, en donde se reconstituye la vida del filósofo de Samos y de Krotona, Pitágoras, el inmortal geómetra. En **Las parábolas cínicas** (1913), entra de nuevo en escena **Psicodoro**, personaje genial creado por Han Ryner; esta obra es también uno de los joyeles de la literatura universal. Entusiasmados con ella y con la hermosa obra de Han Ryner, toda una juventud literaria que escribe: «Bastante es que se nos haya matado a Villiers de l'Isle-Adam; bastante es que un Schopenhauer haya esperado hasta su ancianidad para que se reconozca su genio; bastante es que un Edgar Poe, reducido a la desesperación haya caído en el seno del negro fango de las ciudades americanas. No queremos más laureles en la faz gesticulante de los simios y coronas de espinas en la frente de los verdaderos poetas», lo exige «príncipe de los narradores filosóficos» en el concurso emprendido por el cotidiano **L'Intransigeant** (1913). Han Ryner, desde su austero aposento de «tácheron» del pensamiento sonríe indulgentemente ante este «principado» como sonríe con dulzura hacia sus detractores...

Los Pacíficos (1914) es la más hermosa de las utopías libertarias, superando a **Noticias de ninguna parte** de Morris. «Crisol» de Sabadell, la tenía lista para la publicación en castellano. Con el título de **Nelti**, Agustín Souchy la vertió al alemán, y María Lacerda de Moura al lusitano (No paiz dos homens livres).

El libro de Pedro (1917) es un extracto de **Lo que muere** hecho por «**Les Humbles**». **El veneno**, drama, aparece en 1918. (Sobre la época de la guerra, consúltese los «**Cahiers**», de los amigos de Han Ryner, en donde el sabio fustiga la gran matanza con artículos incomparables). Terminada ésta, en 1919, Mlle Cécile Toumarinson, ayudada por el pintor y grabador Gabriel Belot, fundan la Sociedad de los Amigos de Han Ryner, cuyo primer presidente es Banville d'Hostel. (Véase su estudio **Han Ryner y el humanismo neo-estoico** en «**Universo**», n. 5, p. 9, a 12, Toulouse, sin fecha). En 1919 aun **Libertad y Determinismo**, interesante folleto, y **La Torre de los pueblos**, admirable crítica del espíritu guerrero, descrita en la época de Caldea, en los tiempos de la torre de Babel.

1920: **Las apariciones de Ahasvero**, las ideas justicieras del Judio Errante, confrontadas con las ideas de amor y sabiduría; **El padre Diógenes**, aventuras de un don Quijote libertario (esta obra para mí superior e infinitamente más hermosa que el libro de Cervantes) y **Los Artesanos del Porvenir**, hermoso folleto sobre los constructores del mañana.

1922: Las verdaderas pláticas de Sócrates, con **La muerte de Sócrates** de Lamartine, son lo más grandioso que se ha escrito sobre el gran sofista ateniense; **Diálogo del casamiento filosófico** (Epicteto y Demonax dialogando acerca de la mujer); **Diversas clases de individualismo** (filosofía de la «voluntad de armonía» enfrentada al «individualismo de voluntad de potencia»), y **Un gran humorista**, Claudio Tillier, folleto sobre el autor de **Mi tío Benjamín**.

La filosofía de Ibsen, aparece en 1923. Remy de Gourmont, ensayo, también, así como Gaston Rolland, una conciencia durante la guerra, refractario pacifista que fué encarcelado. Stefan Zweig le escribía a Ryner: «Quisiera hablar de él en nuestra revista pacifista «**Die Friedenswarte**», pero tal vez le fuera perjudicial, debido a la ceguera de las autoridades judiciales... Me siento feliz en esta ocasión de testimoniarle el respeto que tengo por su obra desde hace muchos años». Digamos aun que al final de la guerra fenecía Alicia Télot (Jacques Frehel), la

compañera bien amada de Han Ryner (5 de enero de 1918).

El drama de ser dos (1924), libro epistolar entre Mme Aurel (véase su artículo: **Han Ryner, el hombre y su obra**) (Cénit), n. 24, p. 761 a 762, diciembre de 1952), y Han Ryner, sobre el amor y la relación de los sexos. Aun en 1924: **El individualismo en la antigüedad**, sofistas, cínicos, cirianacos, epicúreos y estoicos estudiados libertariamente. Libro que no debe faltar en ninguna biblioteca del estudioso que se interese por la prehistoria del libertarismo. ¿Existe Dios?, conferencia controversia entre Ryner y el abate Violet, y **Banville d'Hostel**, ensayo.

1926: aparición de la hermosa obra **El autodidacta**; **El ingenioso hidalgo Miguel de Cervantes** (este libro fué escrito por Han Ryner en Amelie-les-Bains (1915) y para poder leer a Cervantes en su idioma, aprendió el español a los 53 años); **La vida eterna**, novela del arcano, escrita en el recuerdo de la bien amada y dedicada eternamente a Jacques Frehel; **Las síntesis supremas**, hermoso ensayo de metafísica pluralista del cual escribe «...el más hermoso de los sistemas —quiero decir el más bello para mis ojos, el mejor hecho por y para mí — no cierra mis ojos a las bellezas de los otros. Un placer al que no renuncio creando mi poema, es el de amar los poemas del prójimo»; y **La verdad sobre Jesús**, conferencia controversia entre Han Ryner y el sacerdote P. L. Couchoud.

En 1927 aparece **El aventurero de amor**, cuya traducción española tiene un hermoso prólogo de Eliza de; también, **El amor plural**, en donde abiertamente Han Ryner expone su concepción del amor (esta obra provoca reacciones de la parte de los amigos de Armand, contra los cuales se enfrenta la hermosa pluma de María Lacerda de Moura, a través de diversos artículos que, reunidos, forman su **Han Ryner e o amor plural**); **Andrés Ibels**, ensayo y **Juana de Arco fué víctima de la Iglesia?**, folleto sobre la virgen de Orléans.

1928: aparición de **La sabiduría riente**, obra mayor del filósofo, cuya segunda parte **La risa del sabio**, está aun inédita. Sabia exposición del pensamiento ryneriano. Sobre esta obra le escribía Romain Rolland: «Le agradezco el envío de su nuevo libro, uno de los más hermosos que haya usted escrito y saludo en usted al noble heredero de Epicuro y de Zenon de Cittium, al más alto representante, en nuestros tempestuosos tiempos de equinoccio, de una libre sabiduría y de un feliz heroísmo.» (12 de julio de 1928). **La gilda de los amigos del libro** de Barcelona ilustró con una portada magnífica, la edición castellana de esta obra. **Eliseo Reclus**, folleto sobre el autor de **El hombre y la tierra** y **Las fealdades de la religión**, una selección presentada por Manuel Devaldes.

Los superhombres inicia el año 1929 (novela profética sobre la doctrina hexagramista y el fin de la humanidad); **Querida doncella de Francia**, interesante libro sobre Juana de Arco y **Sueños perdidos**, los últimos sueños de los héroes del pensamiento.

Crepúsculo (1930), el ocaso de algunos pensadores y **Tomadme todos** segunda parte de **El amor plural**.

1931: **En el mortero**, leyenda diamantina de los héroes del espíritu. **El peón**, pieza admirable en tres actos, armoniosa acción de Zenon de Cittium y Cleanto de Asos, en torno a la Stoa y al aéropago ateniense.

La sotana y la chaqueta (1932) es una obrita magnífica de vulgarización antirreligiosa. En 1934 aparición de **Pico de oro**, patrón de los pacifistas, obra maestra del pacifismo integral. **Las orgías en la montaña**, es, a no dudar, la obra más hermosa que se conoce sobre el problema del Amor y la libre relación entre la mujer y el hombre. (1935). **La Iglesia ante sus jueces** (1937), dogmas y fanatismos ante el corazón, la conciencia y la razón de un hombre libre. **La belleza**, leyenda dramática (1938), obra maestra de poética maravilla...

El 6 de enero de 1938 fenece Han Ryner. Respondiendo a la encuesta: «¿Qué palabras o qué epitafio quisiérais grabar en la piedra de vuestra tumba?» (Sur la Riviera, 1927), Han Ryner contestó: «Ignoro cuanto durarán mis «tres días». Pero soy de los que leerían esta inscripción: «Psicodoro - Atenatima, el amigo y la amiga bien amada». Atenatima, es la amada perdida de la que habla Psicodoro en sus maravillosos viajes y, para Han Ryner, representa Jacques Frehel (Alice Télot). Tal es el epitafio serenamente grabado, según el deseo públicamente expuesto de Han Ryner, en la este'a en donde yace, bajo los árboles del cementerio de Thiais (Seine).

La sociedad de los Amigos de Han Ryner activa de nuevo, y en 1939 aparece su primer cuaderno (nueva serie), y la obra *Amante o tirano* (Alfredo de Vigny visto por su amante). Viene la guerra y la sociedad cesa su actividad debido al oscurantismo reinante. No obstante, en 1942 aparece un *Florilegio de parábolas y de ensueños de Han Ryner*, magníficamente ilustrado por el artista Louis Moreau. El stock de la segunda edición es quemado durante el incendio causado por un bombardeo norteamericano en Saint-Lô.

Después de la guerra, los amigos de Han Ryner, emprenden de nuevo su actividad, animados por Georgette Ryner, Louis Simon, Florian Parmentier, Gérard de Lacaze-Duthiers, Banville d'Hostel, Léon Frapié, André Le Fur, Georgette Hero, Aurel, Joseph Maurel'e, Hem Day, etcétera. Treinta y dos cuadernos trimestrales van publicados hasta la fecha, ricos de una excelente documentación sobre Han Ryner. Se reeditan *Los Viajes de Psicodoro*, *La torre de los pueblos* y *El Hombre Hormiga*; aparecen los inéditos *Frente al público* (primer volumen de las obras oratorias de Han Ryner) y *Juana de Arco y su madre* (excelente libro sobre la heroína de Orléans). Hem Day escribe un libro biográfico sobre Han Ryner y la revista de París *Quo Vadis* le dedica un número extraordinario. Numerosas conferencias divulgan el pensamiento ryneriano en Francia (particularmente en la región parisina) y en el extranjero. No ha mucho, dió una Hem Day en Torino (Italia) que fué traducida por Hugo Fedeli. Y los amigos de Han Ryner, divulgan con sus escasos medios y su gran voluntad, el pensamiento de Han Ryner, «... porque no es el momento de abandonar la lucha. Más que nunca, por el honor del Espíritu, debemos llamar a las buenas voluntades, afin de persuadir, al menos ante una élite, la obra de Han Ryner, instigadora de actividad bienhechora y de alta sabiduría. Debemos hacer esto por la memoria de Psicodoro, el gran viajero que visitó todas las provincias de la vida espiritual, todas las regiones accesibles de lo misterioso Desconocido. Se lo debemos, porque es cuestión de justicia. La justicia es el sentimiento que distingue al hombre del bruto y de todas las fuerzas ciegas de la naturaleza. No se encuentra la justicia en ninguna parte, salvo en el corazón del hombre. Fué con un espíritu de justicia que se creó la sociedad de los amigos de Han Ryner, cuando vivía este gran pensador, ese admirable escritor que, por todas partes se le saturaba de iniquidad. Y es con este mismo espíritu de justicia que la Sociedad de los Amigos de Han Ryner persevera en la misma misión que se ha asignado de esparcir su pensamiento, editar o reeditar sus obras inéditas o agotadas, recordar su recuerdo, proponer como ejemplo su vida y su obra a las nuevas generaciones, hacer resplandecer su rostro de apóstol, como si aun estuviera en medio de nosotros, sobre las almas que aspiran a más grandeza, a más elevación moral, a más calor espiritual, fraternidad humana y comprensión entre los individuos y los pueblos». (Florian Parmentier).

La Sociedad de los Amigos de Han Ryner (3, Allée du Château, Les Pavillon-sous-Bois, Seine, Francia), tiene como delegados en el exterior: Alemania, R. Wintzenrieth;

Austria, L. Spitzegger; Bélgica, Hem Day; Brasil, Anibal Vaz de Melo; Egipto, R. Blum; Holanda, M. Premela; Japón, Kuni Matsuo; Marruecos, J. Poivet Le Guen; Suiza, L. Baudouin; Túnez, L. Madlyn y Uruguay, Eugen Relgis. Está actualmente presidida por Banville d'Hostel y Gérard de Lacaze-Duthiers.

Dejo caer, pues, el punto final, aportando mi modesta contribución a la expansión ryneriana.

BIBLIOGRAFIA

- 1889.—Chair vaincue. Ed. Parisien. A. (1).
- 1892.—Les chants du divorce. Ollendorf. A.
 - » La paix pour la vie. Blanc. A.
- 1893.—Ce qui meurt. Fischbacher. A.
- 1894.—Vie d'enfant. Trad. Dentu. A.
 - » L'Humeur inquiète. Dentu. A.
- 1895.—La folie de misère. Dentu. A.
- 1899.—Le massacre des Amazones. Chamuel. A.
 - » Un plagiat posthume. Les cahiers occitans. A.
- 1900.—Le soupçon. Chamuel A.
 - » Le crime d'obéir. La Plume. Reedición: L'idée Libre. (1925). A.
- 1901.—L'homme fourmi. La Maison d'Art. Reedición: Figuière (1913) A. y Les Belles lectures (1952).
- 1902.—La fille manquée. Librairie Française. A.
- 1904.—Prostitués. Chamuel. A.
 - » Les voyages de Psychodore. Les Cahiers humains. Reedición: Crés (1924) A. y L'homme et la vie (1947).
 - » Petit manuel individualiste. Librairie Française y Athéna. A.
 - » Le peintre Le Marcis. Humanité nouvelle. A.
 - » Contre les dogmes. Le Cri du quartier y L'idée Libre A.
- 1905.—Le sphynx rouge. Bibliothèque des Auteurs modernes. A. Reed.: L'idée libre (1928).
- 1906.—Les premiers stoïciens. La coopération des idées. A.
 - » Les chrétiens et les philosophes. Librairie Fr. A.
- 1909.—Le subjectivisme. Gastein-Serge. A. Reed.: Fauconnier (1922).
 - » Alfred de Vigny. Portraits d'hier. A.
- 1910.—Jusqu'à l'âme. Hexagramme.
 - » Vive le roi. Cabinet du Pamphlétaire. A.
 - » Les esclaves. Cabinet du Pamphlétaire. A. Reed.: L'idée libre (1925).
 - » Le cinquième évangile. Figuière. Reed.: Athéna (1922). A.
 - » Jules Renard. Figuière. A.
- 1911.—Le fils du silence. Figuière. A.
- 1913.—Les paraboles cyniques. Figuière. Reed.: Athéna (1923). A.
- 1914.—Les pacifiques. Figuière. A.
- 1917.—Les mains de Dieu. L'Humanité. A.
 - » Le livre de Pierre. Les Humbles. Reed.: Frisch. (1920). A. y Les Humbles (1939).
- 1918.—Le poison. Grammata. A.
- 1919.—Liberté ou déterminisme. L'idée libre. A.
 - » La tour des peuples. Figuière. A. Reed.: Mont-Blanc. 1947).
- 1920.—Les apparitions d'Ahasverus. Figuière.
 - » Le père Diogène. Figuière.
 - » Le dialogue du mariage philosophique. Fauconnier. A. Reed.: L'idée libre (1938).
 - » Les artisans de l'avenir. Fauconnier. Reed.: L'idée libre. A.
- 1922.—Les véritables entretiens de Socrate. Athéna. A.
 - » Des diverses sortes de l'individualisme. Fauconnier. A. Reed.: L'idée libre.
 - » Un grand humoriste, Claude Tillier. Fauconnier.
- 1923.—La philosophie d'Ibsen. Coopération des Idées. Reed.: L'idée libre. A.

(1) Los libros que lleven la mayúscula A al final, significan que están agotados. Cuando existen varias ediciones la A va al final de las agotadas.

- » Rémy de Gourmont. L'Idée libre. A.
 » Gaston Rolland. Brochure mensuelle. A.
 1924.—Le drame d'être deux. (Con Mme Aurel). Le Fleuve.
 » L'individualisme dans l'antiquité. L'Idée libre.
 » Dieu existe-t-il? (Con el abate Violet). L'Idée libre.
 » Banville d'Hostel. Maison des écrivains. A.
 1926.—L'autodidacte. Le Monde nouveau. A.
 » L'ingénieux hidalgo Miguel Cervantes. Crès. A.
 » La vie éternelle. Radot.
 » Les Synthèses suprêmes. Le Monde nouveau. A.
 » La vérité sur Jésus. (Con el sacerdote Couchoud). L'Idée libre.
 1927.—Les aventures d'amour. Le Monde moderne.
 » L'amour plural. Radot.
 » André Ibels. L'Idée libre. A.
 1928.—La sagesse qui rit. Le Monde nouveau. A.
 » Elisée Reclus. Brochure mensuelle.
 » Les laideurs de la religion (selección de M. Devaldès). L'Idée libre.
 1929.—Les surhommes. Crès. A.
 » Chère Pucelle de France. Verba. A.
 » Songes perdus. Messein.
 1930.—Crépuscules. Messein.
 » Prenez-moi tous. Le Tamboorin. A.
 1931.—Dans le mortier. Messein.
 » Le Manoeuvre. L'Artistocratie. A.
 1932.—La soutane et le veston. Messein.
 1934.—Bouche d'or, patron des pacifistes. Messein.
 1935.—Les orgies sur la montagne. Figuière. A.
 1939.—Mon frère l'empereur. La patrie humaine. A.
 » L'Eglise devant ses juges. L'Idée libre.
 1938.—La beauté. L'Artistocratie. A.
 1939.—Amant ou tyran. Messein.
 1942.—Florilège de paraboles et de songes. L'Amitié par le livre. A.
 1948.—Face au public. L'Amitié par le livre.
 1949.—Jeanne d'Arc et sa mère. Messein.

- 1909.—M. Devaldès: Han Ryner. La revue des lettres et des arts. Nice. A.
 1912.—B. d'Hostel: número especial de «Rythme». A.
 1914.—F. Parmentier: Histoire contemporaine des Lettres Françaises. A.
 1922.—René Lalou: Histoire de la Littérature Française Contemporaine. A.
 1924.—G. Lacaze-Duthiers: La sagesse rynerienne. Le Semeur. A.
 » Georges Vidal: Han Ryner. Librairie internat. A.
 1927.—M. Devaldès: Han Ryner et le problème de la violence. L'Idée libre.
 » P. Larivière: número especial de Semeur. A.
 1933.—Alfred Mortier: Marginales. Messein. A.
 1934.—Louis Prat: Le solipisme. L'Artistocratie. A.
 1936.—Synis: Han Ryner. La brochure mensuelle.
 1940.—Charles Baudouin: Découverte de la personne. Mont-Blanc.
 1946.—Hem Day: Souvenirs sur Han Ryner. L'Artistocratie.
 1950.—F. Parmentier: número especial de la revista Quo Vadis. A.
 1954.—Joseph Maurelle: La mort de Han Ryner.
 1939-1954. (32 Cahiers trimestrales de los Amigos de Han Ryner).

TRADUCCIONES (lista incompleta)

ESPAÑOL

- 1922.—Variedades del individualismo (Elizalde). Grupo Via Libre. A.
 1926.—El libro de Pedro (Elizalde). Crisol de Sabadell. A.
 1927.—El quinto evangelio. (Elizalde). Crisol. A.
 » El autodidacta. (Elizalde). La revista blanca. A.
 » El aventurero de amor. (Elizalde). La revista blanca. A.

- 1928.—El Ingenioso Hidalgo Miguel de Cervantes. (Elizalde). La revista blanca. A.
 » Pequeño manual individualista. (Costa Iscar). Atlas de Buenos Aires. A.
 1932.—El hijo del silencio. (Salvador Valera). Biblioteca orientalista de Barcelona. A.
 1933.—La sabiduría de Ibsen. (Elizalde). Estudios. A.
 » Los esclavos. (Elizalde). Estudios. A.
 » La esfinge roja. (Elizalde). Estudios. A.
 1938.—El quinto evangelio. (Horacio E. Roque). Iman de Buenos Aires. A.
 » La Iglesia ante sus jueces. (Felipe Alaiz). A.
 NOTA.—Otros libros de Han Ryner traducidos por E. Muñiz, Elizalde, etc., no pudieron ser publicados. Además existen las ediciones de: Eliseo Reclus, La verdad sobre Jesús, Los artesanos del porvenir, Diálogo del casamiento filosófico, etc. (Desconozco editorial y fecha de aparición).
 1937.—Número especial de Nosotros (Valencia). A.

ITALIANO

- 1922.—Le peregrinazioni di Psychodoro. (Gino Roncaglia). De Flumine in Coelum. A.
 1928.—Il figlio del silenzio. (Accio Cinti). Casa Monani de Milano. A.
 (Fecha desconocida).—La torre dei popoli.
 1949.—Piccolo manuale individualista. Casa editrice Sociale. Milano.

ALEMAN

- 1920.—Gesprache mit Peterschen (Anna Nussbaum). «El libro de Pedro». Frisch. A.
 1924.—Psychodors Wanderschaft (F. Anton Angermayer). «Los viajes de Psicodoro». Wolkenwanderer Verlag. A.
 1931.—Nelti. (Agustin Souchy). «Los pacíficos». Gilde Freiheitlicher Bucherfreunde. A.

INGLES

- 1927.—The Ingenious Hidalgo Miguel Cervantes (J.H. Lewis). Hercourt Brace de Nueva York. A.

RUMANO

- 1923.—Mic Manual individualist (Panait Musoiu). A.
 Diversos extractos en diferentes revistas. (Consultar la bibliografía de Eugen Relgis: Han Ryner en Roumanie, en los Cahiers, n. 12, p. 11 a 13).

I D O

- (Sin fecha).—La libro di Petro. (J. Colas).

PORTUGUES

- 1934.—Maria Lacerda de Moura: Han Ryner e o amor plural. Edições Unidas. A.
 En catálogo de edición están: O quinto evangelho y No paz dos homens livres.

HEBREO

- 1951.—H. Fenster: Han Ryner, su vida y su obra. (Grupo libertario israelita de París).

NOTA.—Los libros no agotados de Han Ryner se pueden adquirir fácilmente en las siguientes librerías de París: Messein, 19, quai St-Michel (V°); La Guilde, 1, quai de Montebello (V°); Librairie du Phare, 13, rue Valette (V°); Le Libéraire, 145, quai Valmy (X°); Force Ouvrière, 198, avenue du Maine (XIV°); Le Message, 77, rue du faubourg Poissonnière, etc., o solicitándolo al librero habitual.

HAN RYNER

I. - EL HOMBRE



E padres catalanes, de los alrededores de Perpignan, y no hijo de padre noruego y de madre española, como pretende, no sé por qué, una leyenda inspirada posiblemente en su pseudónimo, Henri Ner, nació en Neamours (Argel), el 7 de diciembre de 1861. Su padre era empleado de Correos en Millas. Su madre era originaria de Thuir. El pequeño Ner, contaba apenas un mes cuando su madre fué enviada a Francia, a Montluçon (Allier). La familia habitaría allí hasta 1868. Seguidamente, Henri Ner se vió trasplantado con los suyos en Tarbes (Altos Pirineos), hasta 1870; después a Rognac (Bouches-du-Rhône), a orillas del estanque de Ber, que más tarde describió apasionadamente en la novela «La fille manquée»:

«Reber, es una especie de oasis perdido en un desierto. Un canal y el riachuelo Arc aportan el agua que permiten al valle una lujuriosa belleza verde y grasa, sana y banal. Pero colinas secas, rocosas, de escuálida elegancia, le circundan. Se elevan estas mediante gradas sucediéndose a alturas diversas, ofreciendo pequeñas mesetas sobre las cuales, volviéndose, se atisha un espectáculo cada vez más vasto. El panorama, progresivamente generoso, ofrece una parte del estanque, después el estanque entero, con sus admirables curvas; y más allá del estanque, «el gran mar». A medida que nos alejamos del pequeño rincón fértil se siente con mayor intensidad la belleza noble de los grandes espacios sin detalle; el espíritu concuerda con el ritmo de las diminutas cadenas que rizan la extensión rocosa en medio de la luz blanca, al compás de las olas que hacen de la mar sin orillas una armonía bajo el sol.»

Al fin Henri Ner asiste a la escuela, distante siete kilómetros de su casa. Y lee de camino los libritos de la «Biblioteca Nacional», a 25 céntimos, y que hicieron, según me dijo él mismo, su educación. Para procurárselos, nuestro joven escolar economiza un sueldo por cada 10 céntimos que recibe de su padre para la comida del mediodía. Poco después Henri Ner empezó sus estudios de latín en Forcalquier, bajo la dirección del abate Saurin; y aunque al ingresar no sabía una palabra de latín, al finalizar el año fué clasificado como primero de la clase, y al cabo de dos años enseñaba a su propio maestro, que a decir verdad, no era latinista.

Henri Ner trabaja con ardor, obtiene su bachillerato y es dispensado de ser soldado. Termina sus estudios en el Liceo de Aix-en-Provence y recibe una beca para la Facultad de esta misma villa. En 1882, Henri Ner es nombrado profesor de segunda enseñanza en Draguignan. Sucesivamente, su tempe-

ramento inquieto le lleva a Sisteron, Bray, Bourguin (Isère) y, finalmente, a Nogent-le-Retrou. Pero mientras tanto, Henri Ner es «recalado» de su licencia de filosofía. El nos ha contado el caso en su libro «Chair vaincue», no sin cierto talento. Sin embargo, al año siguiente, por haber respondido a la misma pregunta en parecido espíritu fué recibido por el tribunal. El conflicto entre el profesor de filosofía («Le père Testecave») y el candidato a la licencia filosófica (Léo Charade), que Henri Ner sitúa en su «Chair vaincue», atañe a la creencia en dios. El Père Testecave afirma que envanecerse de filósofo y no creer en dios representa envanecerse de un título de nobleza y deshonorarlo al mismo instante. A lo cual el candidato responde: «No, el filósofo no es un creyente; es un investigador». Y es aquí que Henri Ner desarrolla por persona interpuesta la tesis del ateísmo, refutando mediante un lenguaje grave y preciso la pretendida existencia de dios:

«Todos estos pretendidos argumentos pueden ser reducidos a dos clases; los unos imprimen una realidad objetiva al pensamiento puramente subjetivista; de ahí que tengamos una idea de dios, en cuanto a su existencia como si de la idea de la quimera hiciéramos depender la existencia de la quimera. Los otros se apoyan en el principio de la causalidad y quieren que dios sea la causa del mundo. Pero este principio de causalidad ¿es absoluto? ¿Puede formularse en el sentido de que todo tiene una causa? En este caso, no nos es permitido pararnos: hay que admitir una serie de causas hasta el infinito. Dios no sirve para nada; no es más que un ser inútil que viene a juntarse a los otros sin esclarecer el misterio de ninguna manera. Si creís, al contrario, como Aristóteles, que hay que pararse, entonces es que el principio de causalidad no es absoluto, lo limitáis y entonces el misterio, admitiendo que la causa primera es la materia, no es más grande que admitiendo que es dios...»

Léo Charade había llegado demasiado lejos. El «Père Testecave» sabía lo que tenía que hacer. El candidato fué «recalado» por caridad cristiana con vistas a una probable conversión. Benville d'Hostel nos dice:

«Antes de la publicación de «Chair vaincue», Han Ryner, que no era entonces más que Henri Ner, empezó a escribir novelas repletas de observaciones agudas y juicios severos. Estas novelas fueron «Pauvre petit orgueilleux» y «Printemps fané» (inéditas). Pero escribía otras cosas además de novelas. Bajo el pseudónimo de Louis Aloisius, envió al «Radical des Alpes», una serie de sátiras anticlericales que anunciaban ya a Psicodoro. Intrigó también a los lectores de Aix firmando, en los periódicos del lugar, artículos

muy documentados con el nombre de Louise Carlan, cosa bastante sintomática tratándose del futuro pamfletista de «Massacre des Amazones». Firmará entre tanto otros artículos bajo pseudónimos que recordarán a los personajes de sus futuras novelas, tales como Léo Charade, Jean Sahac o Pierre Daspré, que encontramos en «Chair vaincue» y «Le crime 'dohéir».

Es en esta época que en un pueblo cercano a Sisteron se declaró el cólera. Henri Ner se dirigió allí para suplir la deserción de los notables del lugar que habían tomado las de Villadiego. Se pedían voluntarios y Henri Ner captó a un oficial sanitario y a dos amigos más, encaminándose al lugar siniestrado para cuidar a los enfermos, enterrar a las víctimas y desinfectar las moradas. He aquí un relato de los hechos:

«Hacían falta alimentos. Henri Ner se encaminó a Sisteron y a Digne, y tras haber dirigido algunos reproches legítimos al Subprefecto y al Prefecto, obtuvo finalmente una carreta repleta de alimentos que llevó él mismo a Amergues.

«La epidemia decrece rápidamente en este pequeño pueblo, pero hace estragos en Sisteron. Han Ryner vuelve entonces a esta villa y funda un comité de socorro que pronto ataja el morbo. Al iniciarse nuevamente las clases -- pues la epidemia se había declarado durante las vacaciones escolares -- Henri Ner fué interpretado por el principal del colegio, que le reprochó haber procedido por su propia iniciativa sin permiso de la Administración. Pero el rector de la Academia, más inteligente, hizo condecorar a Henri Ner con las palmas académicas. ¡Fué la única condecoración que ostentó en su vida!»

Henri Ner ganó, pues, las palmas académicas, y además, fué preservado del cólera. Recibió también poco tiempo después una carta repleta de elogios firmada por un «ministro fallecido» poco antes de producirse la epidemia. Aunque increíble, la cosa no es menos cierta.

Es en 1889 que, bajo su verdadero nombre de Henri Ner, aparece «Chair vaincue». Jean Aicard, que ha visto ya en Henri Ner un «inquietante prestidigitador de palabras e ideas», escribe un prefacio del cual extraemos las siguientes líneas:

«La autoridad de la moral estaba todavía ayer en sanción objetiva: en dios. Ella reside solamente en la conciencia. ¿Pero se basta la conciencia?

«¡Complicada cuestión! Lo que no sé es que el encanto interior, el placer secreto, el contentamiento armonioso de haber procedido de conformidad con la directriz de las leyes universales, sea para todos los hombres atractivo suficiente hacia el bien. ¿Y qué hará el hombre libre en los casos en que la ley social contradice la ley puramente vital o natural? Hémos ante el nudo de la cuestión, mi querido amigo, y es aquí que proclamo voluntariamente, desde el punto de vista social, es decir del desarrollo de las civilizaciones, la superioridad de una moral usual, de una disciplina fuera de la cual el hombre que medita, con insuficiencia o sobreabundancia de ideas, no es, en efecto, más que un animal depravado.

«¿Cuánto tiempo perdido es para un hombre concienzudo buscar el camino, pesar sus escrúpulos e interrogarse! Yo creo en la justicia de la conciencia para quienes tienen esta conciencia. He aquí el círculo vicioso.

«Dios, esa figura falsa de una verdad absoluta, fué una consciencia para todos. La idea de dios dió una consciencia a los que no la tenían; concretó la idea de consciencia a la vista de los menos sutiles. En dios se llega a la consciencia del mundo. También la muerte de dios constituye el acontecimiento más formidable de nuestro tiempo. ¿Por qué vamos a reemplazarlo? Vuestro héroe concluye dos verdades: «imposible y necesario», y es él quien ha hecho el prefacio, pues situarse osadamente frente a la Antinomia universal, al Hecho y a la Aspiración es afirmar lo inconoscible, es decir, lo desconocido; mayor que la incapacidad de conocer es reservarse para los dioses en la muerte y desear la acción en la vida.»

Y Jean Aicard terminó este prefacio el día de Navidad de 1888 significando ardorosamente su aprobación hacia «Chair vaincue» cuya próxima aparición aplaudía, no menos que las meditaciones del héroe del mismo libro.

El 1895 conduce a Henri Ner a París, donde es nombrado sucesivamente profesor adjunto en los liceos Louis Legrand y Charlemagne. Con sumo gozo verá, no obstante, acercarse su retiro al objeto de poder trabajar; si hasta la fecha nos ha dado «Chair vaincue», «Chant du divorce», «Ce qui meurt», «La folie de misère», que caracterizan, se puede decir, la primera etapa del escritor, etapa casi enteramente ignorada de muchos, incluso de los que le han estudiado, empuja ya a dibujarse el futuro Han Ryner.

Pero Henri Ner nos hablará de todo eso como si se tratase de retales. De una carta que me escribió su hija en noviembre de 1924 copio algunas frases que ilustran admirablemente el carácter de Han Ryner: «Recuerdo -- dice -- su alegría infantil, de colegial en tiempo de vacaciones, cuando hace tres años fui a buscarle a la salida del liceo Charlemagne, el 31 de diciembre, último día de trabajo. «¡Por fin voy a poder trabajar!», exclamó él en su alegría. Y esta frase, dicha a los sesenta años, me pareció admirable.»

Al principio de mi contacto con su pensamiento, al escribirle a fin de informarme sobre el hombre y de su obra escrita hasta la fecha, me contestó amablemente expresando su embarazo para contestar a mi carta, visto que toda su obra anterior a 1903 estaba agotada y era inhallable. Después, hablándome de su vida, me reveló:

«En cuanto a mi vida, nada que valga la pena contarte. Lo que podría tener un cierto interés sería muy largo de contar: pequeñas persecuciones ridículas en la universidad porque escribía cosas poco universitarias; vasta conspiración del silencio en toda la Prensa.»

León Treich, en el periódico «Le Soir», de Bruselas, del 9 de enero de 1938, hablando en su «Garnet Parisien» de la noble figura que fué «este anarquista apacible y pacifista», relata algunos rasgos de su vida que nos lo hacen más querido:

«El pobre Han Ryner no fué, sin embargo, un hombre de dinero. ¿Cómo así? Había vivido siempre lejos de las cajas de donde se expiden cuantiosas subvenciones, y lejos también del público que adora a los hombres de letras.»

Más abajo Treich añade:

«Era todo desprecio para los que no tienen el libro,

el papel impreso, para la sola finalidad de una vida digna de ser vivida. Han Ryner no había tenido nunca otro dios.»

Al final de una carta en la que me anticipaba su agradecimiento por cuanto me proponía hacer en favor de su obra, que creía él, en su modestia natural, útil quizá para algunos, terminaba así:

«La historia de un escritor es su obra, no importa que haya sido más o menos contrariada por las circunstancias. Si hay en ella algunas flores, se aspira

su aroma; si algunos frutos, se saborean. Lo de menos es que el árbol haya sufrido los efectos del viento y sus ramas el mal trato de los torpes o malintencionados. El resultado es lo que cuenta.»

HEM DAY

(Trad. José Peirats).

El próximo artículo se titulará: «Primeras entrevistas y recuerdos».

EL ARTISTA Y SU TIEMPO⁽¹⁾

I. — En tanto que artista ¿ha escogido Vd. el papel de testigo?

Se necesitaría mucha pretensión o una evocación de la que carezco. No solicito personalmente ningún papel y sólo tengo una verdadera vocación. Como hombre, siento gusto por la felicidad; como artista, me parece que tengo todavía personajes que hacer vivir sin ayuda de las guerras y de los tribunales. Pero me ha venido a buscar como ha ido a buscar a cada uno. Los artistas de antes podían, al menos, callarse ante la tiranía. Las tiranías de hoy se han perfeccionado. Ya no admiten ni el silencio ni la neutralidad. Hay que pronunciarse, estar a favor o contra. En este caso, yo estoy contra.

Pero esto no significa aceptar el papel confortable de testigo. Significa solamente aceptar nuestro tiempo tal y como es, realizar el propio oficio, en una palabra. Además, usted olvida que hoy en día los jueces, los acusados y los testigos se permutan con una rapidez ejemplar. Mi elección, si usted cree que elijo algo, sería no sentarme nunca sobre el sillón de un juez, ni debajo tampoco, como muchos de nuestros filósofos. A parte esto, las ocasiones de actuar, dentro de lo relativo, nunca faltan. El sindicalismo es en nuestros días el primero y el más fecundo de los medios.

II. — ¿No es acaso una definición idealista y romántica del papel del artista el don quijotismo que se le ha podido reprochar a sus últimas obras?

Aunque se perviertan las palabras guardan provisionalmente su sentido. Es claro para mí que el romántico es el que elige el movimiento perpetuo de la historia, la epopeya grandiosa y el anuncio de un acontecimiento milagroso al final de los tiempos. Si yo he ensayado de definir algo, no es otra cosa, al contrario, que la existencia común de la historia y del hombre, la vida de todos los días a edificar sobre

la mayor claridad posible, la lucha obstinada contra su propia degradación y la de los otros.

Es también idealismo, y del peor, terminar por suspender toda acción y toda verdad a un sentido de la historia que no está inscrito en los acontecimientos y que, de todas maneras, supone un fin mítico. ¿Sería, pues, realismo, tomar por ley de la historia el porvenir, es decir, justamente lo que no es historia todavía, y del que nosotros no sabemos ni remotamente lo que será?

Me parece, al contrario, que yo abogo por un verdadero realismo contra una mitología a la vez ilógica y homicida, y contra el nihilismo romántico, sea burgués o pretendidamente revolucionario. Para decirlo de una vez, lejos de ser romántico, yo creo en la necesidad de una regla y de un orden. Digo simplemente que no puede tratarse de no importa qué regla. Y que resultaría sorprendente que la regla que necesitamos nos fuera otorgada por esta sociedad sin regla o, al contrario, por esos doctrinarios que se declaran libres de toda regla y de todo escrúpulo.

III. — Los marxistas y aquellos que les siguen creen también ser humanistas. Pero para ellos la naturaleza humana se constituirá en la sociedad sin clases del porvenir.

Esto prueba de buen principio que ellos rechazan desde ahora lo que somos todos nosotros: tales humanistas son acusadores del hombre. ¿Quién puede extrañarse de que semejante pretensión haya derivado hacia el universo de los procesos? Ellos rechazan al hombre que es en nombre del hombre que será. Esta

(1) Estos textos responden a preguntas que me han sido planteadas por la Radio o por periódicos extranjeros. (Actuelles II).

pretensión es de naturaleza religiosa. ¿Por qué ha de justificarse mejor que la que anuncia el reino de los cielos en el porvenir. En realidad, el fin de la historia no puede tener, en los límites de nuestra condición ningún sentido definible. Sólo puede ser objeto de una nueva fe y una nueva mixtificación. Mixtificación que hoy en día no es menor que aquella que, antaño, fundaba la opresión colonialista sobre la necesidad de salvar las almas de los infieles.

IV. — ¿No es eso en realidad lo que les separa de los intelectuales de izquierda?

Usted quiere decir que es eso lo que separa de la izquierda a esos intelectuales. Tradicionalmente la izquierda ha estado siempre en lucha contra la injusticia, el obscurantismo y la opresión. Siempre consideró que estos fenómenos eran interdependientes. La idea de que el obscurantismo pueda conducir a la justicia y la razón de Estado a la libertad, es muy reciente. La verdad es que ciertos intelectuales de izquierda (no todos afortunadamente) están fascinados por la fuerza y la eficacia, como lo estuvieron nuestros intelectuales de derecha antes y durante la guerra. Sus actitudes son diferentes, pero la dimisión es la misma. Los primeros han querido ser nacionalistas realistas; los segundos quieren ser socialistas realistas. Finalmente traicionan el nacionalismo y el socialismo en nombre de un realismo ya sin ningún contenido, pero adorado como una pura e ilusoria técnica de la eficacia.

Se trata de una tentación que puede ser comprendida, después de todo. Pero en fin, de cualquier manera que se le de vuelta a la cuestión, la nueva posición de esas gentes que se dicen, o se creen, de izquierda, consiste en decir: hay opresiones que son justificables porque se orientan en el sentido, que no se puede justificar, de la historia. Habría, pues, verdugos privilegiados, y privilegiados por nada. Es un poco lo que decía, en otro contexto, José de Maistre, que nunca pasó por un dinamitero. Pero es una tesis que, personalmente, yo rechazaré siempre. Permítame oponerle el punto de vista tradicional de lo que se ha llamado hasta ahora la izquierda: todos los verdugos son de la misma familia.

V. — ¿Qué puede hacer el artista en el mundo de hoy?

No se le pide que escriba sobre las cooperativas ni que, a la inversa, adormezca dentro de sí mismo los dolores sufridos por los otros a lo largo de la historia. Y ya que usted me ha pedido que hablara personalmente, voy a hacerlo de la manera más simple que pueda. En tanto que artistas no tenemos tal vez necesidad de intervenir en los asuntos de este siglo. Pero como hombres, sí. El minero al que explotan o fusilan, los esclavos de los campos, los de las colonias, las legiones de perseguidos que cubren el mundo tienen necesidad de que todos los que pueden hablar rompan su silencio y no se separen de ellos. Yo no he escrito, día tras día, artículos y textos de combate y tampoco he participado en las luchas comunes porque tenga ganas de que el mundo se cubra de estatuas griegas y de obras maestras. El hombre que dentro de mí siente esos deseos existe. Simplemente, tiene más trabajo que

hacer ensayando de dar vida a las criaturas de su imaginación. Pero de mis primeros artículos hasta mi último libro, he escrito tal vez mucho por no poder desprenderme de la atracción hacia el lado de todos los días, del lado de los que, cualesquiera que sean, son humillados o rebajados. Esos son los que tienen necesidad de esperar, y si todos se callan, o si se les ofrece elegir entre dos maneras de humillación, los veremos para siempre desesperados, y nosotros con ellos. Me parece que no puede soportarse esta idea, y aquel que no puede soportarla no puede tampoco dormirse en su torre. No por virtud, como puede verse, sino por una especie de intolerancia casi orgánica, que se sufre o no se sufre. Por mi parte veo a muchos que no la sufren, pero no puedo envidiar su sueño.

Esto no significa que debamos sacrificar nuestra naturaleza de artistas a yo no sé que tipo de prédica social. Ya he dicho antes por qué el artista es más que nunca necesario. Pero si intervenimos como hombres, esta experiencia intervendrá sobre nuestro lenguaje. ¿Y si somos artistas en nuestro lenguaje antes que nada, qué clase de artistas somos nosotros? Incluso si, militantes en nuestra vida, hablamos en nuestras obras del desierto o del amor egoísta, basta que nuestra vida sea militante para que una vibración más secreta pueble de hombres ese desierto y ese amor. No es en la hora en que empezamos a salir del nihilismo que yo negaré estúpidamente los valores de creación en beneficio de los valores de humanidad, o a la inversa. Para mí, los unos no se separan jamás de los otros, y yo mido la grandeza de un artista (Molière, Tolstoi, Melville) al equilibrio que haya sabido mantener entre esos valores. Hoy en día, bajo la presión de los acontecimientos, estamos obligados a transportar esta tensión a nuestra vida también. Por eso tantos artistas, doblándose bajo el fardo, se refugian en la torre de marfil o, por el contrario, en la iglesia social. Pero yo veo, por mi parte, una misma dimisión. Nosotros debemos servir, al mismo tiempo, al dolor y la belleza. La larga paciencia, el acierto secreto que esto entraña, son las virtudes que fundan justamente el renacimiento del que tenemos necesidad.

Una última palabra. Esta empresa, ya lo sé, no puede realizarse sin peligros ni amarguras. Debemos aceptar los peligros; el tiempo de los artistas sentados terminó. Pero debemos rechazar la amargura. Una de las tentaciones del artista es la de creerse solitario y sucede en verdad que se lo gritan con una alegría innoble. Pero eso no es nada. El está en medio de todos, al nivel exacto, ni más alto ni más bajo, de todos los que trabajan y que luchan. Su misma vocación, delante de la opresión, es la de abrir las cárceles y hacer hablar el dolor y la felicidad de todos. Es aquí que el arte, contra sus enemigos, se justifica, proclamando que él no es, justamente, el enemigo de nadie. El sólo no sabría, sin duda, asegurar el renacimiento que supone la justicia y la libertad. Pero sin él, este renacimiento carecería de formas y no sería nada. Sin la cultura, y la libertad relativa que ella supone, la sociedad, incluso perfecta, es una selva. Es por lo que toda creación auténtica es un don del porvenir.

(Trad. B. Milla.)

Albert CAMUS

UN PRECURSOR CHINO DEL ANARQUISMO



En su libro «Confucio o el Humanismo didactizante», Juan Marín dedica un capítulo a Mō-Ti el herético.

Mō-Ti representa una derivación radical y distinta del confucionismo. Se destacó por una profunda originalidad de pensamiento y de acción. Sus datos biográficos pueden ser resumidos así: Educación noble, pues era de familia de alcurnia; practicó de muy joven el confucionismo en su forma más escética; fundó finalmente una escuela propia cuyo lema, muy anterior al nacimiento de Cristo, ya fué el «Amáos los unos a los otros».

La enseñanza viva de Mō-Ti se fundaba en la presencia acendrada del prójimo. La integración del «otro» en una personal razón de amor hacen de este filósofo un antagonista resuelto del intelectualizado humanismo confuciano. El prójimo, en Mō-Ti, como después en Cristo, dejaba de ser cosa para sublimarse como criatura viviente, digna de la solicitud de los otros hombres y de Dios. Por eso el prójimo es igual a mí y todos somos iguales finalmente. Iguales en el conflicto, en la pasión, en la desdicha. Y el amor, en última instancia, sublima ese destino común del hombre, trascendiéndolo.

Como dice Juan Marín, para Mō-Ti «lo importante, lo que contaba era el hombre vivo, los huérfanos, las viudas, los desvalidos de toda clase. Como Cristo o como San Francisco, o como Gandhi, él se ciñó estrictamente a su doctrina que era de una inmensa piedad por todos los seres: iba muy pobremente vestido, no poseía riqueza alguna, arriesgó cien veces su vida denunciando la corrupción o la injusticia de los poderosos, y luchó con armas en la mano en defensa de los débiles y perseguidos.»

Tenemos aquí a un filósofo que proclama el amor universal pero que no es capaz de ceñir la espada en defensa, no de sus principios doctrinales, sino de la justicia inmediata: es decir, las necesidades de los hombres despojados de alimentos o de libertad. Según cita Ralph Turner (El anarquismo benévolo de Mō-Ti, en *Las Grandes Culturas de la Humanidad*) decía Mō-Ti: «Tres clases de atribulados hay entre la gente: los que tienen hambre

y no tienen que comer; los que tienen frío y no tienen con qué vestirse, y los que están cansados y no pueden descansar».

Según Ralph Turner en el libro citado, Mō-Ti y sus discípulos se especializaron en la fabricación de armas, aunque reprobaban la guerra. Pero sus armas las querían para combatir en defensa de los débiles. Esta es la más notable diferencia que existe entre el «amáos los unos a los otros» del filósofo chino y el formulado unos siglos más tarde por Jesucristo. Esta diferencia es también la que acerca más a Mō-Ti del anarquismo actual que del cristianismo o el gandhismo.

Otros rasgos singulares del pensamiento y la acción de Mō-Ti nos mueven a considerarlo como un precursor del anarquismo moderno. El mismo Ralph Turner, en su gran obra citada, habla del «anarquismo benévolo» del filósofo chino. No solamente su profundo amor hacia sus semejantes lo distinguió de las doctrinas en boga en aquel tiempo, sino su sentido de la pobreza y de la justicia, tan fuerte éste último, que le llevó a organizar a sus discípulos como verdaderos cruzados contra los abusos de los poderosos.

Otra de las características de la prédica de Mō-Ti fué su repudio de las ceremonias y ritos, afirmando el valor individual de la fe, pues él mismo creía en una divinidad superior, o en el cielo. Sin embargo combatió el ritual y las costumbres religiosas como nocivas, sobre todo como motivo del empobrecimiento de las gentes. El confucionismo exigía varios años de inactividad completa después de la muerte de alguien de la familia, y el ceremonial era tan costoso «que no se acababa de pagar en toda la vida».

Por su prédica del amor a la humanidad, su desprecio de las riquezas, su lucha contra el poder y la injusticia y la guerra, y sus ataques a los ritos y tradiciones obscurantistas, Mō-Ti se revela como uno de los hombres más íntegros y despiertos del pensamiento antiguo de China y también como uno de los precursores de los ideales que el anarquismo representa modernamente.

Benito MILLA

LA LIBERTAD EN EL ESPIRITU



ON motivo de haber sido Unamuno declarado impublicable en España, me ha dado por releer sus ensayos. Esta afición me ha dado también oportunidad de leer artículos que no le conocía. Debo comenzar por decir que Unamuno ha sido desde tiempo uno de mis escritores favoritos y que ahora cuando le releo se me aparece con la misma virginitad que el primer día. Unamuno me ha enseñado dos cosas que considero fundamentales — entre otras muchas — : La primera es que me ha enseñado a pensar a fuerza de discutirme desde sus páginas; la segunda que me ha hecho ver, de un modo más temperamental que racional, la diferencia entre los hombres y sus ideas, el calor del hombre que se halla entre líneas mientras expone sus ideas. Quizás el más profundo cristianismo de Unamuno reside en esa su posibilidad de amar u odiar a los hombres a pesar de lo que piensan o creen pensar. La fuerza que su humanidad puso en sus escritos al servicio de un antidogmatismo exacerbado es saludablemente contagiosa. Y lo que más ama uno en él — como él mismo quiso — no son sus ideas sino su humanidad, el hombre de carne y hueso que fué y que logra hacernos sentir su sufrimiento.

Es difícil, muy difícil substraerse al dominio que nuestras ideas, o las ideas que recibimos y aceptamos de otros, ejercen sobre nosotros. Y, sin embargo, sin esa fisura que el temperamento, la parte más humana de uno mismo, debe saber abrir en la razón el goce de la libertad no es posible y el dogmatismo inevitable.

Releyendo ahora a Unamuno mientras en España se prohíbe leerle, me ha hecho, como siempre, meditar. Unamuno, que se esforzó por mezclar su esencia de hombre a la de todos los demás, es un mal compañero para las corrientes de ideas establecidas. Monárquicos, republicanos; militaristas, antimilitaristas; católicos, protestantes, ateos; comunistas, socialistas, anarquistas, siempre encontramos en él la puya firme y derecha que nos penetra hasta el tuétano, porque a Unamuno sólo le interesa de nuestras ideas la parte negativa, la que le permite poner de manifiesto la cantidad de libertad que los hombres sacrificamos a nuestras ideas.

La lectura de Unamuno es una especie de espectáculo en el que ningún espectador deja de participar. Nos refocilamos asistiendo al juicio despiadado de todo quisque y uno por uno, hasta que inevitablemente nos llega la vez. En ese momento lo que Unamuno nos plantea es una prueba de resistencia de nuestro espíritu de libertad. Si le discutimos a dentelladas, como él, es que le hemos comprendido. Nuestras respectivas humanidades, en pleno goce de sus libertades, han entrado en contacto, en comunicación. Si cerramos el libro, si prohibimos que se le publique y se le lea y nos negamos nosotros mismos a leerle, se nos aparece en la tapa del libro su rostro iluminado por su terri-

ble sonrisa irónica : nos ha vencido, nos ha llamado esclavos con derecho.

Es inútil que los anticatólicos intenten anexionárselo por lo que dice de los curas, o que los curas quieran pontificarle por lo que dice de los anticatólicos. La verdad, su verdad, es mucho más profunda que sus críticas, es mucho más humana que sus ideas y que las ideas de todos los demás. La verdad que persigue para sí y para nosotros es la libertad, la humana libertad del espíritu. Su pregunta, el personal tono con que la formula, es siempre la misma : ¿Se me tolera o no se me tolera? Elijan : sacrifiquen su libertad de espíritu, su hombría, a sus ideas; o prefieran que sus ideas tengan que ver con la libertad de los hombres, con los hombres mismos.

Frecuentemente notamos en él un profundo desinterés por comprender las ideas que critica. Las critica siempre en el cuerpo de los hombres que las profesan. Porque a Unamuno le interesa éstos y no aquellas. « Para ideas me sobran las mías », nos dirá. Y mientras nos enfurezca el desprecio que manifiesta hacia las ideas que tenemos o que sustentamos, no habremos comprendido el aprecio y el amor que como a hombres nos ofrece. Y sin embargo, en nuestro furor, no en los razonamientos que el furor nos provoque, él nos ha querido y comprendido, compadecido como se compadece a sí mismo.

La raíz genital de la obra de Unamuno es la libertad en el espíritu del hombre. Ciertamente es que el propio Unamuno se expresa con palabras que implican ideas. He aquí el profundo drama : la carencia de un lenguaje enteramente temperamental. Nos comunicamos unos a otros a través de una expresión racionalizada, en la que el sentimiento ha quedado desnaturalizado por nuestro pensamiento y el pensamiento de los demás. Se piensa con palabras y las palabras no se inventan sino que se aprenden. No nacen de nosotros como un medio puro e individual de comunicación. Las recibimos y las usamos como pobres herramientas de nuestro sentimiento. Ni nos expresan, ni permiten que se nos comprenda. Pero en los hechos la libertad que encerramos tiene un medio concreto de expresión que se llama tolerancia. Tolerancia que se extiende a las ideas por la que se tiene con los hombres que las sustentan. Las ideas son para ser combatidas por la discusión, porque sólo en esa lucha se manifiesta el lenguaje de los sentimientos, a través de los cuales amamos y respetamos a los hombres.

Esta despreocupación hacia las ideas nace en Unamuno de un sentimiento, más que creencia, que puede ser resumido así : el hombre piensa porque es, y no es porque piensa, según quiso deducir Descartes. El ser es primero que el pensamiento, y por lo tanto que las ideas. Pero el ser plantea dos preguntas al hombre : ¿Por qué? y ¿Para qué?, indecifrables y atormentadoras. De ahí el sentimiento trágico de la vida. De ahí también un existencialismo que entronca en humanismo con el de Kier-

kegaar, y que precede, diferencialmente en su concepto de realidad humana, a todo el existencialismo actualmente en boga.

El desprecio de Unamuno para con las ideologías de los hombres, que puede parecer a primera vista irrespetuosidad e intolerancia hacia éstos, es una de las formas del pensamiento de Unamuno que han sido incomprensiblemente tachadas de paródicas. El sufrimiento, el sentimiento trágico individual, es la verdadera expresión humana. Las ideologías son en una u otra forma procedimientos paliativos que los hombres buscan proporcionar a su sufrimiento intrínseco. El hombre se halla sepultado en su ideología, la utiliza para expresarse y comunicarse, para exteriorizar sus sentimientos a través de ella. Y el hombre es bueno o malo, merece amor u odio, no por la ideología que sostenga y exprese, sino a pesar de ella. Unamuno busca a través de las ideas que manifiestan los demás el sufrimiento humano que éstas esconden.

Este concepto del hombre, desarropado de sus ideas, que no siempre son las suyas, puede, considerado superficialmente, parecer abstracto. No hay tal abstracción sin embargo. Del concepto unamuniano del hombre — del hombre de carne y hueso, como dice él — surge un principio de relación social. Principio sin el cual, en verdad, la convivencia no es posible: la libertad, la libertad convertida en hecho real por la tolerancia. La tolerancia en este caso no significa pasividad frente a las ideas de los otros hombres. Todo lo contrario. Las ideas y los conceptos expresados en palabras convertidos en una discusión constante, en una lucha que termine por desnudar al hombre de sus pobres herramientas y lo ofrezcan puro al amor, descubierto como una llaga viva su sufrimiento de hombre que vive. Porque sólo se ama al que de un modo u otro sufre. Al dichoso — si lo hubiera — cuando más se le desea o se le envidia.

Con esto llegamos a lo hondo de la cuestión. La

libertad no es ciertamente un régimen social que permita o tolere tales o cuales manifestaciones, estos o aquellos hechos. Demasiado frecuentemente su definición la limitamos de este modo; por eso también con frecuencia los regímenes sociales pasan rápidamente de lo permitido a lo prohibido. Tomamos el afecto por la causa, porque ésta última ha quedado sepultada en el fondo de nosotros mismos, bajo el enladrillado de nuestros conceptos y de nuestras ideologías mal comprendidas y peor expresadas. La libertad es un contenido intrínsecamente humano. No lo recibimos de fuera ni de nadie, sino que hemos de esforzarnos por proyectarlo hacia el exterior desde dentro de nosotros. La libertad es un producto humano que cada hombre se proporciona en la medida en que es capaz de sentir libres a los demás. Las libertades toleradas por cualquier régimen social no son ni más ni menos que el reflejo de la libertad contenida en el espíritu de los hombres que lo constituyen. La intolerancia que hoy domina al mundo por doquier es pura y simple expresión de la intolerancia contenida en la mayoría de los hombres. Intolerancia producida por conceptos e ideologías excesivamente racionalizados — con el consiguiente aprovechamiento de los desaprensivos —. La libertad, la verdadera libertad social que sólo puede surgir por afloración de las libertades individuales manifestadas en tolerancia, permanece hundida en nosotros, en nuestra esencia humana, esperando que nos humanicemos.

Así también la obra de Unamuno permanecerá ahora en España sepultada. Y ojalá sea sólo el franquismo el que intente enterrarla bajo la espuela de su intransigencia, porque, como ya he dicho, Unamuno es un mal compañero cuando en lugar de ir a buscar en él la libertad y el amor entre los hombres, nos acercamos a sus libros para que nos dé aprobación a nuestras opiniones y a nuestras ideologías.

J. CARMONA BLANCO

La Paradoja del Anarquismo

La más alta perfección de la sociedad se encuentra en la unión del orden y la anarquía. — PROUDHON.



A habido la costumbre, especialmente entre los marxistas ortodoxos, de despreciar cualquier teoría política que no se justificase por sí misma en la acción, y este énfasis en la acción ha conducido frecuentemente a una confusión entre los medios y los fines — oscureciendo los medios demasiado a menudo a los fines y convirtiéndose en un sustituto de ellos.

La dictadura del proletariado, por ejemplo, adelantada al principio como un medio hacia la sociedad sin clases, se estableció en Rusia como la soberanía de una nueva clase.

El anarquismo no confunde medios y fines, teoría y práctica. Como teoría confía sólo en la razón, y si la concepción de la sociedad por este medio llega a parecer utópica y hasta quimérica, no importa, pues lo que se establece por el razonamiento justo no puede ceder ante la oportunidad. Nuestra actividad práctica puede ser una gradual aproximación hacia el ideal, o puede también ser una repentina realización revolucionaria del ideal, pero no debe ser nunca un compromiso. Proudhon fué a menudo acusado de ser un anarquista en teoría, pero solamente un reformista en la práctica: fué, de hecho, siempre un anarquista, que se negó a comprometerse en los azares de

la dictadura. No jugaba la partida política porque sabía que la economía era la realidad fundamental. De esta manera hoy se concibe que un cambio en el control de los créditos financieros, o un nuevo sistema en la posesión de la tierra, puede acercarnos más al anarquismo que una revolución política que meramente transfiera el poder del Estado a las manos de un nuevo equipo de ambiciosos atracadores.

Anarquismo significa literalmente una sociedad sin un *arkhos*, es decir, sin una regla. No significa una sociedad sin ley y por lo tanto no significa una sociedad sin orden. El anarquista acepta el contrato social, pero interpreta ese contrato en una forma particular, que cree es la forma más justificada por la razón.

El contrato social, como lo expuso Rousseau, implica que cada individualidad en la sociedad declina su independencia al bien común, suponiendo que sólo de esta manera puede estar garantizada la libertad del individuo. La libertad está garantizada por la ley, y la ley, para emplear la frase de Rousseau, es la expresión del deseo general.

Hasta aquí estamos en el terreno común, no solamente con Rousseau, sino con toda la tradición democrática que ha sido construida sobre el fundamento teórico trazado por Rousseau. En lo que el anarquista diverge de Rousseau y de este aspecto de la tradición democrática que ha encontrado expresión en el socialismo parlamentario, es en su interpretación de la manera en que el deseo general debería ser formulado y cumplido.

El propio Rousseau no fué consecuente en esta cuestión. Estaba completamente convencido de que alguna forma de Estado debía existir como expresión del deseo general, y que el poder investido en el Estado por el consentimiento general debería ser absoluto. Estaba igualmente convencido de que el individuo debe conservar su libertad, y que del goce individual depende todo progreso y civilización. Se daba cuenta que como un hecho histórico el Estado y el individuo estarían siempre en conflicto, y para hallar una solución a este dilema retrocedió sobre su teoría de la educación. Si cada ciudadano pudiese ser educado en forma que apreciase la belleza y la armonía de las leyes inherentes a la naturaleza, sería tan incapaz de establecer la tiranía como de soportarla. La sociedad en que viviese sería automáticamente una sociedad natural, una sociedad de libre consentimiento en la que la ley y la libertad serían dos aspectos de una misma realidad. Pero tal sistema de educación implica una autoridad pre-existente que lo establezca y esta autoridad debe ser absoluta.

El sistema de gobierno recomendado por Rousseau en *El contrato Social* es una aristocracia electiva más que una verdadera democracia, y para controlar a esa aristocracia imagina un Estado tan pequeño que cada individuo dentro de él podría vigilar y criticar al gobierno. Probablemente pensaba en algo así como la Ciudad-Estado griega como base ideal. Ciertamente no hizo previsión alguna de los vastos complejos de millones de individuos que constituyen la mayoría de Estados modernos, y podemos estar completamente seguros que él sería el primero en admitir que su sistema de control sobre la autoridad no funcionaría en tales condiciones.

Pero su teoría del Estado, que ha tenido tan pro-

funda influencia en el desarrollo del socialismo moderno, ha sido interpretada como aplicable a esos vastos conglomerados y con ello se ha convertido en justificación de la más absoluta forma de autoritarismo. Este peligro fué reconocido hace ya mucho tiempo — 1815 — por Benjamín Constant, que describió *El Contrato Social* como «de plus terrible auxiliaire de tous les genres de despotisme».

Si lo que Rousseau llama una forma aristocrática de gobierno es más o menos idéntico a una democracia moderna, a lo que da el nombre de democracia es más o menos idéntico a la teoría moderna del anarquismo, y es interesante ver por qué desprecia la democracia. Lo hace así por dos razones: la primera porque considera a la democracia como una imposibilidad de ejecución. El pueblo no puede estar en una continua asamblea para gobernarse a sí mismo; debe delegar la autoridad como un mero asunto de conveniencia, y una vez que uno ha delegado su autoridad, ya no hay democracia.

Su segunda razón es un ejemplo típico de su inconsistencia. Si existiese un pueblo de dioses, dice Rousseau, podrían gobernarse a sí mismos democráticamente, pero un gobierno tan perfecto es inadaptable para los hombres.

Pero si la democracia es la forma perfecta de gobierno, no lo es para quien ha proclamado su fe en la perfección del hombre para restringirla luego a los dioses. Lo que es bastante bueno para los dioses es lo mejor para el hombre... como ideal. Si el ideal existe debemos reconocerlo y esforzarnos, aunque sea de un modo aproximado, por alcanzarlo.

Pero Rousseau ignora la cuestión fundamental en todo este sofisma. Es lo irreal de la noción del deseo general. Probablemente sólo haya una oportunidad en la que el pueblo se exprese siempre por unanimidad o deseo general, y es en la defensa de su libertad física. De otra manera se dividen de acuerdo a sus temperamentos, y aunque sean limitados en número, son suficientemente variados y tan opuestos entre sí que en una determinada área geográfica se constituirán en grupos incompatibles.

A fin de cuenta, dice Rousseau y muchos otros filósofos, una democracia es imposible.

Se ven forzados a esta conclusión porque se adhieren obstinadamente a los límites arbitrarios del Estado moderno, límites establecidos por ríos, mares, montañas y tratados militares, y no por la razón.

Supongamos que ignorásemos esos límites, o los aboliésemos. Las realidades son, después de todo, seres humanos con ciertos deseos: con ciertas necesidades primitivas. Estos seres humanos, de acuerdo a sus necesidades y simpatías, se asociarán **espontáneamente** y por sí mismos en grupos para ayudarse mutuamente, organizarán **voluntariamente** una economía que asegure la satisfacción de sus necesidades. Este es el principio de la ayuda mutua, y ha sido explicado y justificado con mucha evidencia histórica y científica por Kropotkin. Es sobre este principio que los anarquistas fundan su orden social, y sobre el cual creen poder edificar esta forma de sociedad democrática que Rousseau sintió estaba reservada para los dioses.

No es necesario repetir aquí la evidencia empírica de esta creencia: el gran libro de Kropotkin puede

Estos son los aspectos más interesantes del Congreso antiautoritario de Ginebra. A la vista de los mismos veremos que Jaeckl no tuvo razón para afirmar que en este Congreso reinó una tristeza general. En cuanto a lo que representó como esperanza para el Congreso de los marxistas lo veremos seguidamente.

EL CONGRESO MARXISTA

El Congreso que el 8-13 de septiembre celebraron en Ginebra los marxistas fué un rotundo fracaso según las propias palabras de Marx. No acudió al mismo casi nadie. Mediante el Congreso de La Haya y las resoluciones que allí se tomaron, los marxistas habían conseguido quebrantar verdaderamente la Internacional. Renunciamos, sin embargo, a dar una impresión especial sobre este Congreso. Lo haremos a través de una serie de juicios de los propios marxistas. A este fin copiaremos unos extractos de cartas que corresponden a la correspondencia dirigida por Engels a Sorge, cuatro meses antes del congreso (4 de mayo):

«En Suiza existe solamente un lugar posible (para celebrar el Congreso) y este es Ginebra. Tenemos allí a la masa de los obreros detrás de nosotros; y además un local, propiedad de la Internacional, el Templo Único, de donde arrojaríamos a los señores de la Alianza en caso de que se presenten. Aparte de Ginebra contamos con Zurich, pero allí disponemos solamente de obreros alemanes, no en su totalidad (Vide Feleisen). Vuestra petición podría tener éxito aun en Olten, sitio muy céntrico, pero quedaríamos rezagados. Los aliancistas han convocado a todas sus fuerzas para acudir en masa al Congreso. Sin embargo los nuestros continúan durmiendo. Desde la escisión no pueden acudir delegados franceses. Los alemanes, aunque tienen su propia batalla con los lassalleanos, están muy desilusionados y decaídos a consecuencia del Congreso de La Haya, del que esperaban fraternidad y armonía en vez de disputas. De Inglaterra pocos delegados pueden venir. Es dudoso que los españoles envíen ni siquiera a uno. Así, pues, es de esperar que el Congreso esté poco concurrido. Y que los bakuninistas cuenten en el suyo mayor concurrencia. Los de Ginebra no hacen nada. «Igualdad» parece haber desaparecido. Lo que quiere decir que tampoco podemos esperar de ellos gran ayuda. Únicamente que estaremos en nuestra propia casa y que conociendo a Bakunín y a su banda los expulsaremos en caso necesario. Ginebra es el único lugar que puede asegurarnos la victoria. Pero para ello es absolutamente indispensable que el Consejo General declare expulsados, según la resolución del 26 de enero:

1) A la Federación belga, la cual ha declarado haber roto sus relaciones con el Consejo General y no reconocer las resoluciones de La Haya.

2) A la fracción de la Federación española representa-

Y si llegaron a abstenerse de una actividad política-parlamentaria, no fué por motivos teóricos sino por sus experiencias personales. Al principio habían intervenido en la política electoral; ahora eran sindicalistas prácticos. Se interesaban por todos los detalles de la táctica sindical, se asesoraban sobre las condiciones esenciales de las huelgas triunfantes; se procuraban fondos de ayuda para huelgas, enfermedades, paro forzoso, etc. Sus teorías eran el producto de su vida de trabajadores, y si defendieron el principio de la autonomía fué porque quisieron ser libres en sus propias acciones. No eran gente de estrechez de miras. Sufriendo en su propia carne supieron que el movimiento obrero tenía que ser internacional si quería alcanzar éxitos parciales. Y eso sin hablar de revolución social. Eran relojeros y trabajaban para el mercado mundial. Sus propias condiciones de trabajo fueron influenciadas en gran parte por el cambio de la producción relojera en América.

Exactamente en la época que sigue al Congreso de La Haya la fabricación americana empezó a repercutir en la industria relojera del Jura. La crisis, el paro, la reducción impuesta a los salarios se plantearon. Los del Jura comprendieron que una resistencia exclusivamente local no era suficiente para arreglar las cosas. Pero comprendían también que la actividad política no era menos impotente para mejorar su suerte.

En el Jura encontramos un movimiento exclusivamente obrero. En cambio, como demostraremos más tarde, en otros países los movimientos antiautoritarios albergaban a otras corporaciones. Por otra parte, los del Jura no eran lo que podríamos llamar obreros empobrecidos o que desesperados hubieran sido impulsados a la revolución; se trataba de gente prudente capaz de medir, antes de darlos, cada uno de sus pasos. Eran obreros conscientes y tan seguros de sí mismos que se hubieran reído del que hubiese abrigado la pretensión de guiarlos. No estaban en contacto con los obreros de las grandes industrias, y si los jurasianos podían parecer menos revolucionarios que sus afines de los otros países, en el fondo lo eran tanto como el que más. Críticos severos para con todo el mundo, lo eran también en cuanto a Bakunín. Y si éste les era más simpático que otros, fué porque asimilaban sus opiniones.

Pedro Kropotkin, que visitó a los obreros del valle de Saint-Imier en abril de 1872 (cinco meses antes del Congreso de La Haya), traza de ellos el siguiente retrato: «El hecho de que no existía en la Federación del Jura ninguna separación entre los dirigentes y las masas contribuyó en todo caso a que cada miembro de la Federación se formara una opinión personal sobre cada cuestión. Allí no se daba el caso de obreros representando una masa dirigida por unos pocos y sirviendo los fines políticos de la élite. Sus dirigentes no eran más que activos compañeros, más bien incitadores que dirigentes. Visión clara, juicio sano, capacidad para resolver cuestiones muy complicadas; es lo que se encuentra entre

esos obreros. Especialmente los de mediana edad hicieron en mí una gran impresión. Estoy convencido del papel importante jugado por la Federación del Jura en el desarrollo del socialismo. Su fuerte no consiste en sus ideas antigubernamentales y federalistas de las que eran principales representantes, sino que también en que éstas eran expresadas en forma clara, consecuencia del juicio lúcido de los relojeros jurasianos. Sin su ayuda, estos juicios hubieran quedado quizás por largo tiempo en el dominio de la abstracción. Contaban además entre ellos con un hombre como James Guillaume que reunía una vasta cultura general, un concepto profundo de la economía y un hondo sentimiento popular. Conocía «El Capital», de Marx, mejor que muchos marxistas. Estimaba la obra, pero esta estimación no le había enturbiado para impedirle enjuiciar las condiciones especiales de la región en que vivía.»

Al terminar sus estudios, Guillaume había sido profesor de la escuela industrial de Locle. Como sus actividades en el movimiento obrero hicieran imposible el ejercicio de su profesión de maestro, se hizo tipógrafo. Desde el año 1869 vivió cuatro años como obrero manual. Vivió como pueblo y entre el pueblo. Sus concepciones se desarrollaban entre los del Jura. Había vivido entre los jurasianos todo el desarrollo del movimiento: desde el reformismo apasionado, de mediados del 60, hasta el nítido movimiento revolucionario de los sindicatos, producto de las experiencias y de los años.

Vivió también todo el desarrollo de la Internacional; y cuando conoció a Bakunín tenía ya la misma posición que éste en la mayoría de los problemas. No fué, pues, convertido, toda vez que poseía en sí los elementos fundamentales de lo que pasó a llamarse «bakuninismo». Por el contrario, lo ruso, lo desmesurado, el deseo de lo absoluto, el afán del infinito, que eran las características de Bakunín, encontraron un corrector admirable en el carácter geométrico y claro de Guillaume. El alma de Bakunín, al pasar por el psiquis de Guillaume, se había europeizado y al mismo tiempo tamizado por el influjo del pensamiento racionalista y colectivo de los relojeros del Jura que encarnaba Guillaume. El árbol silvestre de las ideas de Bakunín fué podado por el espíritu de orden y el potente sentimiento de justicia de Guillaume. Lo que representa Bakunín como superabundancia lo era Guillaume como simetría y en orden interior. Su táctica en la lucha no es la demagogia sino la verdad y la lógica. Sus polémicas son tratados de lógica, y si llega a veces a ser impetuoso en la controversia, lo es solamente ante la calumnia, la mentira, la política de «potins de concierges», ambiciones, injusticias. Pero renuncia a los caminos tortuosos que no caben en su mente. Intimamente es una naturaleza científica que no se niega en política. Tolerante con el pensar ajeno, es duro e impetuoso contra los que ponen en peligro la libertad.

Con un tal carácter se comprende que la minoría de La Haya, de composición diversa, llegase a formar un bloque

ciones Regionales, las cuales decidirán la aceptación o no de la nueva Federación y en cualquiera de estos dos sentidos se darán instrucciones a su delegado con vistas al Congreso General, el cual decidirá en última instancia.»

La segunda cuestión importante fué la de la huelga general. La primera vez que se habló sobre ella fué en el Congreso de Bruselas de 1868, pero en tanto solamente que medio contra la guerra. En el Congreso de Ginebra se emitieron sobre la huelga ideas muy diferentes. Las opiniones de los delegados fueron las siguientes:

«1) En el supuesto de que la huelga general sea un arma eficiente para las Regionales profesionales, en previsión de una huelga general se impone el trabajo de estadística.

2) La huelga general equivale a la revolución social; diez días de paro completo es suficiente para subvertir totalmente el orden social actual.

3) La huelga general es un medio para provocar un movimiento revolucionario. Siendo este el fin, la huelga general debe ser internacional.

4) En caso de fracaso de una huelga parcial se puede recurrir a la huelga general, como en Alcoy. Este apoyo puede tener grandes consecuencias sociales y favorecer el éxito de la huelga.

5) Como los resultados de las huelgas parciales son insuficientes en su mayor parte debiera recurrirse a la huelga generalizada.

6) Una huelga general profesional en una ciudad cualquiera debe ir seguida de la huelga general profesional en otro lugar. Los que no paren deben ayudar a los que lo hagan mediante el arma superior que les presta la huelga general profesional.

7) Las huelgas parciales son insuficientes. Debe, pues, perfeccionarse la organización internacional de los Sindicatos. Mediante esto podrá llevarse a cabo la huelga internacional que es la única que puede realizar la emancipación completa de los trabajadores.

8) La huelga general debe ir precedida de una intensa propaganda.

9) La huelga general es un error. Se funda en que exista organización en todas partes. Pero con esto sólo está realizada la revolución social («Hales»).

El Congreso adoptó la moción siguiente:

«Dado el estado actual de la organización Internacional, no puede tomarse ninguna resolución concreta sobre la cuestión de la huelga general. En virtud de ello, el Congreso recomienda acelerar la organización internacional de los sindicatos internacionalmente.»

Sobre la organización sindical los españoles presentaron una proposición que recomendaba la organización de sindicatos profesionales, la cual fué aceptada.

Como lugar para la celebración del próximo Congreso fué escogida Bruselas. En consecuencia, se eligió a la Federación belga como Oficina Federal de la Internacional.

res tiene como fin realizar la unión de los obreros de todos los países, solidarizándolos en la lucha contra el capital en un combate que tenga por finalidad la emancipación integral del trabajo.

Art. 2. Todo aquel que acepte y defienda los principios de la Asociación puede ser aceptado como miembro bajo la responsabilidad de la Sección a la cual se adhiera.

Art. 3. Las Federaciones y Secciones que componen la Asociación conservan su total autonomía. Esto es: el derecho a organizarse según su voluntad y el de velar por sus propios intereses sin influencia exterior. Ellas mismas determinarán el camino a seguir para alcanzar la emancipación de los trabajadores.

Art. 4. Cada año, en el primer lunes de septiembre, tendrá lugar un Congreso General de la Asociación.

Art. 5. Sea cual sea el número de sus afiliados, cada Sección tiene derecho a enviar un delegado al Congreso General.

Art. 6. La misión del Congreso es representar las aspiraciones de los obreros de los diferentes países y armonizarlas por medio de la discusión. Abierto el Congreso, cada una de las Federaciones Regionales leerá su informe anual sobre el desarrollo de la Sección. Las cuestiones de principios no pueden ser objeto de votación. La votación se empleará solamente para asuntos administrativos. Las decisiones del Congreso están obligadas a ejecutarlas sólo aquellas Federaciones que las hayan aceptado.

Art. 7. En el Congreso se votará de tal manera que cada Federación Regional tenga un voto.

Art. 8. El Congreso encargará cada año a una Federación Regional la organización del próximo Congreso. La Federación que reciba el encargo hará las veces de Oficina Federal de la Asociación. A esta Oficina deben ser remitidos tres meses antes, por lo menos, a la celebración del Congreso, las proposiciones que las diferentes Federaciones o Secciones quieran aportar al orden del día del futuro Congreso afin de que todas las Federaciones Regionales puedan tener conocimiento de estas proposiciones. El Comité Federal puede servir también de mediador en cuestiones de huelgas, estadísticas, correspondencia general entre las Federaciones que para tales fines se dirijan al mismo.

Art. 8. Asimismo, el Congreso fijará el lugar o ciudad de celebración del próximo Congreso.

Art. 10. Según las conveniencias durante el curso del año la fecha y lugar de celebración del Congreso podrán ser alteradas. Ello será a iniciativa de una Sección o Federación. De la misma circunstancia dependerá la facultad de convocar un Congreso extraordinario.

Art. 11. Si una nueva Federación Regional desea ingresar en la Internacional debe comunicar su intención por lo menos 3 meses antes de la celebración del Congreso General a la Federación que haga las veces de Oficina Federativa. Esta dará conocimiento de este deseo a todas las Federa-

compacto. Además, los del Jura tenían la ventaja de no estar expuestos a fuertes persecuciones gubernamentales, como era el caso de los italianos, españoles y franceses. Esto convertía en más tranquilo su movimiento, el cual representaba un punto de apoyo propagandístico del pensamiento general de la Internacional.

Los del Jura habían recibido el encargo de preparar el próximo Congreso antiautoritario el año 1873. Este debía tener lugar en Ginebra, y el periódico jurasiano, el «Boletín», que se publicó quincenalmente desde julio de 1873, fué de hecho el órgano de relación de los antiautoritarios. Guillaume fué su redactor infatigable.

EL CONGRESO ANTIAUTORITARIO DE GINEBRA

Continuaremos ahora, a través del libro de Guillaume, el progresivo desarrollo de la Internacional antiautoritaria. Su primera manifestación después del Congreso de Saint-Immier fué el Congreso de Ginebra. Para tener una impresión clara de la oposición dirigida contra Marx, sobre el contenido ideológico de esta oposición, es necesario repasar el contenido de los debates del Congreso. Digamos de paso que los partidarios de Lasalle enviaron al Congreso un saludo fraternal. El orden del día era el siguiente:

1) Conclusión definitiva del pacto de defensa mutua entre las federaciones libres de la Internacional y revisión de los estatutos generales.

2) De la huelga general.

3) Organización general de los Sindicatos.

En el Congreso estaban presentes: 2 delegados del Consejo General inglés, varios delegados de la Federación Nacional belga, 5 delegados de la Federación española, 5 delegados de diferentes secciones francesas, el delegado de la Federación holandesa, 4 delegados de la Federación italiana, 6 delegados de la Federación del Jura.

Por el informe de las delegaciones se desprendía que el movimiento ganaba extensión en los diferentes países.

En el verano de 1873 estalló en España una guerra civil entre republicanos federales y centralistas. En algunas provincias la Internacional participó en la lucha. El delegado de la Federación holandesa declaró en el Congreso que tenía por mandato participar también en el Congreso convocado por el Consejo General de Nueva York, también en Ginebra, y que iba a asistir para defender allí los principios autonómicos. Costa, más tarde vicepresidente socialdemócrata de la Cámara italiana, declaró que en Italia no había marxistas.

Uno de los primeros acuerdos fué que cada una de las siete Federaciones representadas en el Congreso tuviera un voto. Sobre la cuestión de si el Consejo General debía ser anulado se entabló una larga discusión. La Comisión propuso anularlo, siendo aceptado sin protesta. Quería decir que el Consejo General quedaba anulado en su forma actual.

Naturalmente, la supresión comportaba la pregunta de si había de ser sustituido o no por algún aparato administrativo. En el debate se enfrentaron diversas concepciones anarquistas. Brousse, más tarde alcalde socialdemócrata de París, habló en el sentido de anular simplemente el Consejo General. Según él, no era necesario ningún órgano central. Con él coincidían los representantes holandés e italiano. Pero Hales, de Inglaterra, se opuso a esta concepción caótica. «Anarquía — dijo — significa desconexión, individualismo, que es justamente lo que combate la Internacional. No debe confundirse la necesidad de anular la autoridad con la anulación de una organización». El representante inglés era partidario de un núcleo central de organización pero sin atribuciones autoritarias. A esto replicó otro delegado (Ostyn, exmiembro de la Comuna de París): «La creación de un tal comité central llevaría en sí el germen de una institución autoritaria. Si se confía a una persona el poder de representación se traicionan la libertad y la iniciativa. Cada Federación debe encargarse de todos sus asuntos. Los congresos son suficientes para la relación natural entre las Federaciones».

Pero Guillaume intervino pidiendo que se especulara menos y que se adoptara inmediatamente una posición práctica. «El próximo año — dijo — hay que celebrar un nuevo Congreso. Para prepararlo, esto es, para un cierto tiempo, hay que otorgar ciertas funciones a una Comisión. Pues bien, de la misma manera que se encarga la organización de un Congreso a una Comisión se puede hacer lo mismo en cuanto a los trabajos de estadística y de huelgas. Para evitar la centralización autoritaria se pueden otorgar cada una de esas comisiones a una Federación distinta».

En el curso de la discusión volvióse al tema de la definición de la anarquía. Hales había calificado la anarquía de desconexión e individualismo en las relaciones entre los organismos. Contra esto se levantó el español García Viñas. «Anarquía — dijo — significa negación de la autoridad política y también organización del orden económico de las cosas». Brousse replicó también a la definición de Hales. «Anarquía — dijo — no significa desorden sino supresión de todo gobierno y su sustitución por contratos mutuos entre los hombres».

Para resolver el problema de la Comisión Central se votó el siguiente dictamen:

«El Congreso encargará cada año a una Federación Nacional para organizar el próximo Congreso. La Federación correspondiente servirá al mismo tiempo de oficina federativa de la Internacional. Esta oficina puede servir también de elemento mediador para cuestiones de huelgas, estadísticas y correspondencia general.»

Terminado este punto pasóse a discutir la cuestión de los estatutos. Entrados en el problema se expresó el criterio de que los obreros intelectuales no podían pertenecer a la Internacional. Abogaron por esta posición Dumartheray y

Perret (franceses) y Cornet y Manguette (belgas). He aquí sus argumentos:

«1) Los obreros intelectuales han sido los elementos de discordia en el seno de la Internacional. 2) Los obreros intelectuales ejercen una nefasta influencia entre los obreros manuales. Su mayor instrucción les sitúa en un plano de superioridad. Por otra parte, en virtud de sus condiciones de vida totalmente diferentes desconocen totalmente la psicología y los problemas propios de los obreros manuales.»

En contra de este criterio se presentó la moción siguiente:

«1) La Internacional debe incluir a todos los elementos revolucionarios.

2) Los obreros intelectuales se han mostrado tan revolucionarios como los obreros manuales y han rendido a la Internacional grandes servicios.

3) La colaboración de obreros intelectuales ejerce una influencia bienhechora en el sentido moral en los medios intelectuales. Ella puede liberarles de los prejuicios de su clase.

4) La exclusión de los obreros intelectuales, so pretexto de que son demasiado cultos y gozan por eso de exagerada influencia moral, afecta también a los obreros manuales instruidos. Este criterio representa un estigma para la inteligencia en general. De aceptarse, habría que sacrificar también a todos los obreros que hayan alcanzado un cierto grado de cultura.

5) Por la cuantía de sus ingresos, muchos obreros son más burgueses que ciertos empleados o maestros que sufren tanta miseria como pueda sufrir el proletariado.

6) No hay que aceptar a la burguesía como clase; pero sí a miembros particulares de ella que, convencidos de la justicia del socialismo, quieren cooperar a sus fines. A estos no se les debe rechazar.»

En la votación se aprobó no excluir a los obreros intelectuales, pero con la única salvedad de que no deberían formar parte de los Sindicatos.

En la votación sobre cuestiones de principios se entabló nuevamente una viva controversia. Los partidarios de la votación manifestaron que el voto procura un género de estadística en cuanto a las opiniones sin que signifique nada más. Los adversarios, por su parte, mantenían que la influencia moral de tal estadística implicaba para las gentes de fuera la existencia de una opinión oficial del Congreso. Y era lo que se debía evitar. Después de muchas discusiones se acordó renunciar al voto en cuestiones de principios. Además se dispuso que las resoluciones del Congreso fuesen solamente obligatorias para los que las hubieren aceptado.

En cuanto a los nuevos estatutos, su preámbulo indica que la declaración de principios era similar a la acordada en el Congreso de Ginebra de 1866 y que tenía por base el texto francés de 1864-66, por lo cual no necesitamos repetir aquella declaración. Los once artículos de los estatutos dicen:

«Artículo 1. La Asociación Internacional de Trabajado-

ser obtenido ahora por poco dinero en ediciones populares, y es un trabajo cuyo contenido es conocido por sociólogos de todas las escuelas. La dificultad no estriba en justificar un principio que tiene formulada una evidencia psicológica y empírica en que apoyarse, sino en aplicar este principio al actual estado de la sociedad.

Lo intentamos tomando las organizaciones voluntarias que ya existen y viendo hasta qué punto son capaces de convertirse en unidades de una sociedad democrática. Tales organizaciones son las agrupaciones de trabajadores, sindicatos, agrupaciones profesionales y asociaciones, todos aquellos grupos que cristalizan en torno a una función humana. Consideramos luego las funciones que son ahora cumplidas por el Estado y que son necesarias para nuestro bienestar, y nos preguntamos hasta qué punto estas funciones pueden ser confiadas a las referidas organizaciones voluntarias. Llegamos a la conclusión de que no existe ninguna función **esencial** que no pueda ser transferida. Es verdad que existen funciones como la de hacer la guerra y cobrar los impuestos que no son expresiones de un impulso hacia la ayuda mutua, pero no se precisa excesivamente tales funciones para ver que si la autoridad centralizada del Estado fuese abolida éstas desaparecerían naturalmente.

El error de todo pensamiento político desde Aristóteles hasta Rousseau ha sido debido al uso del concepto abstracto **hombre**. Sus sistemas dan por sentada la substancial uniformidad de esta criatura de su imaginación, y lo que actualmente proponen son varias formas de autoridad para forzar al hombre a una uniformidad.

Pero el anarquista reconoce la individualidad de la persona y sólo cede a la organización en el grado en que la persona precisa de simpatía y ayuda mutua entre sus semejantes. En realidad el anarquista, por lo tanto, reemplaza el contrato **social** por el contrato **funcional**, y la autoridad del contrato sólo se extiende hasta el cumplimiento de una función específica.

Los políticos unitarios o autoritarios conciben la sociedad como un cuerpo sometido a la uniformidad. El anarquista concibe la sociedad como un equilibrio o armonía entre grupos, y la mayoría de nosotros pertenecemos a uno o más de tales grupos. La sola dificultad estriba en su interrelación armónica.

Pero ¿es esto tan difícil? Ciertamente es que las organizaciones de trabajadores se enemistan algunas veces entre ellas, pero analizad esas enemistades y encontrareis que en uno y otro caso proceden de causas ajenas a la función de las organizaciones (tales como sus distintas concepciones del lugar que deben ocupar en una sociedad no-funcional, capitalista), o a rivalidades personales, que son reflejo de la lucha por sobrevivir en un mundo capitalista. Tales diferencias de propósitos nada tienen que ver con el principio de organización voluntaria y son en verdad eliminadas por este concepto. En general, las organizaciones de trabajadores pueden ponerse bastante bien de acuerdo unas con otras incluso en una sociedad capitalista, a pesar de todas sus instigaciones a la rivalidad y a la agresividad.

Si saliéndonos de nuestro tiempo tomamos la Edad Media, por ejemplo, encontramos que la organización funcional de la sociedad, aunque imperfectamente

realizada, se probaba como enteramente posible, y su gradual perfeccionamiento fué solamente obstaculizado por el surgimiento del capitalismo. Otros períodos y otras formas de sociedad, como Kropotkin ha mostrado, confirman de lleno la posibilidad de una armónica interrelación de los grupos funcionales.

Admitiendo, puede decirse, que podamos transplantar todas las funciones económicas del Estado en ese sentido, ¿qué ocurriría con otras funciones: la administración de las leyes contra el crimen, las relaciones con países extranjeros no evolucionados a ese mismo nivel social, la educación, etc.?

Para esta pregunta el anarquista tiene dos respuestas. En primer lugar replica que la mayor parte de esas actividades no funcionales son efectos incidentales de un estado no funcional — el crimen, por ejemplo, es en su más grande aspecto una reacción contra la institución de la propiedad privada, y las relaciones exteriores tienen origen y motivación en su mayor parte en causas económicas. Pero está de acuerdo en que existen problemas, tales como ciertos aspectos de leyes comunes, la educación de los niños, la moralidad pública, que pueden estar al margen de las organizaciones funcionales. Y replica que hay aspectos de sentido común, solucionables si se toma por referencia el innato buen deseo de la comunidad. Pero la comunidad para este propósito, no tiene que ser necesariamente algo tan impersonal y grandioso como un Estado. De hecho la comunidad será efectiva en relación inversa a su tamaño. La comunidad más afectiva es la más pequeña: la familia. Más allá de la familia está el barrio, la local asociación de los hombres en moradas contiguas. Tales asociaciones locales pueden formar su municipio y estos municipios son suficientes para administrar una ley común basada en el sentido común. Las pequeñas cortes de justicia en la Edad Media, por ejemplo, intervenían exclusivamente en todos los crímenes y fechorías, salvo en aquellos cometidos contra las entidades artificiales del Estado y la Iglesia.

En este sentido el anarquismo implica una descentralización universal de la autoridad, y una simplificación universal de la vida. Entidades inhumanas como las ciudades modernas desaparecerán. Pero el anarquismo no implica necesariamente una reversión de los oficios y del saneamiento público. No existe ninguna contradicción entre anarquismo y energía eléctrica, anarquismo y transporte aéreo, anarquismo y la división del trabajo, anarquismo y eficiencia industrial. Puesto que los grupos funcionales trabajarán en provecho mutuo, y no en provecho de otras gentes ni para la destrucción mutua, la medida de la eficiencia será el apetito de una vida completa.

Existe una consideración más, de una más tópica y apremiante naturaleza. En un señalado libro publicado recientemente, **La crisis de la Civilización**, Alfred Cobban ha demostrado que los desastres acaecidos al mundo occidental son una consecuencia directa de la adopción por los alemanes de la teoría de la soberanía popular o nacional, en lugar de la teoría de la ley natural que fué desarrollada por la corriente de pensamiento racional en el siglo XVIII, conocido como el Esclarecedor. El pensamiento germano, escribe Mr. Cobban:

«... substituyó con derechos históricos los derechos naturales, y con el deseo de nación, o Volk, la razón, como bases de ley de gobierno... El resultado final de esta teoría de la soberanía popular fué así la sustitución de la ética por la historia. Esta tendencia estuvo presente en el pensamiento contemporáneo de todos los países. Sólo logró un triunfo completo en Alemania. El notable encuadre del pensamiento moderno alemán es la disolución de la ética en la Volkgeist; su conclusión práctica es que el Estado es fuente de toda moralidad, y que el individuo debe aceptar las leyes y acciones de su propio estado como siendo de la máxima validez ética.»

No repetiré la detallada prueba que Mr. Cobban, que es un historiador profesional, ofrece en apoyo de su afirmación, su verdad es suficientemente evidente. «La soberanía, aunque adopte el disfraz democrático, nacionalista o socialista, o cualquier amalgama de los tres, es la religión política de hoy.» Se sigue que si estamos defendiendo permanentemente a Europa de la amenaza que contra la paz representa Alemania debemos ante todo refutar el concepto alemán de soberanía. Tanto tiempo como este concepto permanezca, como una religión nacional, habrá un continuo resurgimiento de estos instrumentos policíacos, poder armado y agresión arbitraria.

Hubo un gran alemán, alarmado ya por las tendencias que entonces se perfilaban como reacción inmediata de la Revolución Francesa, que previno a sus compatriotas contra el monstruo que estaban creando:

«Es así—escribió Schiller—que la vida individual concreta está extinguida, con el objeto de que el todo abstracto pueda continuar su miserable vida, y el

Estado permanece siempre como un extraño ante sus ciudadanos porque no toca en parte alguna sus sentimientos. Las propias autoridades gubernamentales se sienten impelidas a clasificar, y por lo tanto simplificar, la multiplicidad de los ciudadanos, y sólo para conocer a la humanidad de una forma representativa y de segunda mano. Consecuentemente terminan por perder del todo a la humanidad de vista, y por confundirla con una simple creación artificial del entendimiento, mientras por su parte las clases sometidas no pueden defenderse recibiendo fríamente unas leyes que se aplican tan poco a su personalidad. La sociedad, fatigada de sostener un peso que el Estado se preocupa poco de aliviar, cae en fragmentos y se destruye. Este es el destino que desde hace tiempo aguarda a la mayoría de Estados europeos. Están disueltos en lo que podríamos llamar un estado de naturaleza moral, en el que la autoridad pública es sólo una función más, odiada y traicionada por los que la consideran necesaria, solamente respetada por los que pueden prescindir de ella.»

Con estas proféticas palabras Schiller constata el antagonismo entre la libertad orgánica y las organizaciones mecánicas, que ha sido ignorado en el desarrollo político de la Europa moderna, con los resultados que todos vemos ahora en torno nuestro.

El anarquismo es la última y más urgente protesta contra ese hecho: una llamada a esos principios que, sólo ellos, pueden garantizar la armonía del ser humano y la evolución creadora de su genio.

HERBERT READ

(Tradujo del inglés para «CENIT», J. Carmona Blanco.)

A TRAVES DE MIS GAFAS

EL GHETTO



AS principales calles de la judería son la de la Revolución y la de Austerlitz. Arrancan como quien dice de la Plaza de Armas, con el Palacio Municipal -- escaleras y leones a los bordes -- y el Teatro. De este punto parte también el Boulevard Joffre, donde está la Sinanoga. Poco o nada digno de mención: lo nuevo apenas destaca y lo viejo da la impresión de derrumbarse. Todo tiene una pátina oscura, húmeda, semejante a la pin-

tura de Nonell. Tendría que funcionar la piqueta sin tardanza: muchos edificios no pueden ya con el maderamen. La abigarrada calle de Austerlitz, paralela a la de la Revolución, con sus afluentes e «impasses», angustia. Falta espacio, aire falta. La comodidad es aquí lujo y la higiene gollería. Mercado mixto, en condiciones insanas, ingrato a los ojos y desagradable a las narices. Hay como un vaho de humanidad que ensucia la luz. Hay muchas moscas. A derecha e izquierda, cubículos: sus habitantes renuncian al desahogo para que las mercancías lo tengan. El «ghetto» de los cachivaches (un barrio de novela de Zola), comejonera

de artículos que parecen no haber sido nunca nuevos y de artículos viejos. De segunda mano aparenta lo de comer, y así la carne, la fruta, la verdura no entran por los ojos, no apetecen.

DEVANEANDO

En la Edad Media las calles tomaban el nombre de los gremios, y las tiendas estaban instaladas en los sótanos de las casas. Aun hay en muchas partes calle de Esparteros, de Boteros, de Tintorerías: en Zaragoza existe el barrio de las Tenerías; las dos principales calles de Murcia se llaman Trapería y Platería; Alcaicería, en Sevilla, la típica que de la Plaza del Pan arranca... El agudo Samblancat escribió con el acierto que suele: «La contribución más frapante a nuestro acervo locucional, la aportan, como a todo y como siempre, las mani-ficiencias y las fabri-facturas. Ya los nombres de las artesanías y los oficios son en dicha linterna mágica un poema feérico. Alarife, alfagate, remolar, orive, batihoja, alcaller, correchero, megisero, lanzaire, jubetero, alhamel, barillero, melchochero, meseguero, recovero... ¿Sabéis siquiera lo que muchos de estos castizos vocables significan? De la onomástica del herramental de trabajo, ni hablar. Es casi una labia y una mónica de astrólogos y de nigromantes».

Sugereentes desde otro punto de vista son algu-

nos nombres que las calles de esta población ostentan tales como Austerlitz, Ratisbona, Zurich... Acude a mi mente parte de lo gustado leyendo a Dickens y a Dostoiewsky, en cuanto a este clima semítico y a estos tipos de Biblia. No todos los israelitas son Fúcar. Muchos de ellos discurren por aquí vendiendo hortalizas y otros, para ganarse la vida, hacen de zapateros remendones. Hasta poco hace, desde milenios, desde la destrucción de Israel por Salmansar, anduvieron sin patria, siendo tesorizadores del metal amarillo. Buena verdad es que con oro se abren todas las puertas.

HAGASE LA PRUEBA

...Y sin embargo, la mayoría de las tiendas elegantes de Orán pertenecen a los judíos, como judíos son acá los que explotan otros negocios importantes. ¡Bah! Todos los burgueses, sin diferencia de castas, tiran a lo mismo, a ricos. Si hubiera una ley, divina o humana, que suprimiera la miseria, yo me debería a ella. Igual hay pobres y ricos entre judíos que entre cristianos. Nadie codiciaría los bienes ajenos si todo fuese común. Yo no querría morirme sin ver que todo es común... siquiera por una semana. Porque resultaría tan bueno que la Humanidad entera, y a grito vivo, pediría que la semana se prorrogase.

PUYOL

LA DEYECCION AZUL

Al compañero Chacón que me prestó el libro, y el laurel de la idea para darle sabor a esto.



ESTOY súmamente satisfecho por haber levantado la liebre de la atención crítica en nuestra prensa, respecto a la producción literaria en España, y de los viejos y nuevos escritores que por allí pululan.

Se inició con un artículo subjetivo en torno al triste libro de Camilo J. Cela: «La Familia de P. Duarte», publicado en las columnas de «CNT» y que provocó una interesante tolvanera en el ancho campo del pensamiento propio y extraño.

Plumas tan ágiles y agudas como las de Alaiz, Fontaura, Puyol, Milla, amén de otras más remotas, se han ocupado de estos temas que son (¡quién lo duda!), de una importancia capital tanto para el mejor conocimiento de nuestras propias faenas liberatrices, como para el acerbo común de la literatura, el arte y la historia de los pueblos ibéricos.

Cada uno desde su ángulo de visión propia, hemos de esforzarnos por cavar (¡y cavar hondol), en la vega acotada de la producción literaria de allí, con el fin de extraer, de arrancar, aunque sea con las uñas, el rico paloduz que indudablemente se esconde entre las capas salitrosas y pétreas de la dictadura falangista. Aunque todos estén en el fango, hay algunos que miran a las estrellas. Los que así hicieron coinciden inevitablemente con nosotros ya que mirando al éter, al estrellado mar de cosmos, donde la ambición de los Estados y la egolatría de los hombres no han logrado aun jalonar fronteras ni establecer telones, las pupilas humanas captan todas las mismas impresiones, idénticos luceros, semejantes ansias anárquicas y universales de conocerse, entenderse, estimarse, dándose una mano para ultimar la gran tarea de liberación y la reconstrucción espiritual de nuestro país.

Pero los que esten llenos de cieno hasta el último

pelo de la cabeza, deben quedar al margen; para esos la indiferencia, el desprecio, el olvido. ¿Merecen otra cosa de los hombres que en uno u otro lado no hemos perdido nunca el sentido de la dignidad, de la fidelidad a nosotros mismos, que es un rasgo tan característico de nuestra idiosincrasia nacional?

Creo que en ese caso se encuentra Pío Baroja. El dislocado novelista vasco, es junto a Benavente y Marañón, la más redonda muestra de miseria moral que se ha dado en nuestros lares desde hace muchos años.

En mis primeras aficiones literarias (como lector, que es la única e insuperable especialidad que poseo), tropecé pronto con la obra prolija, desmesurada y desconocida del célebre autor, uno de los más representativos de la «quinta literaria del 98». Su estilo de vuelos recortados, oscuros y bajos como los del murciélago, no llegó a traspasar la primera capa sensitiva de mis gustos artísticos e ideológicos. ¿Era, quizás, porque la prosa barojiana estaba empapada de esa humedad cruda y adusta con que se nos solía presentar antes a los castellano-mediterráneos, la mayor parte de la literatura y el arte, nacidos a orillas del Nervión?

¡No! Porque Unamuno era vasco también, y sin embargo sus artículos, novelas y ensayos, rellenos de profundas paradojas, de intuición polémica, de negaciones y sutilezas filosóficas, me los sorbía con el mismo deleite que una horchata fresca en el mes de agosto.

CORRERIAS DE IZQUIERDA. Baroja gozaba entonces de un prestigio extraordinario. Tenía en su vasta colección publicista obras de gran empaque humano, científico, y, hasta sociológico. Si alguna vez se asomaba al campo avanzado del obrerismo militante, se le correspondía con mucho respeto y cariño. Alai, nos cuenta en un artículo en «CNT», que cae ahora en mis manos, que iban juntos en franca camaradería, por aquellos pueblos de España, sembrando, aunque con distinto costal, la buena semilla.

Baroja, como otros tantos pillos de la política y de las letras, fué simbólicamente un poco anarquista. En España para llegar a ser algo, para escalar los purpurinos sitiales de la fortuna y de la gloria hay que darse un paseito antes por el jardín inmaculado de los ideales revolucionarios. ¡Eso viste mucho! Así lo comprendió Baroja y acertó.

Sus obras «Camino de Perfección», «El Arbol de la Ciencia», «César o Nada», «Los Caminos del Mundo», entre otras, acusan un escritor de avanzada, un espíritu selecto preocupado por los grandes problemas de la libertad del hombre y la justicia social. Su mundo, ese mundo difuso e inquieto, menudo y antagónico se vuelca muchas veces en el molde redondo del libre pensamiento, del afán titánico del hombre por romper cadenas, pisotear prejuicios, alumbrar humanidades nuevas.

Pero aunque la mona de su espíritu se vestía con la seda anárquica (de la que mis inquietudes se entretenían ya haciéndose ingenuos lacitos), jamás llegóme a despertar la obra barojiana el interés y la admiración que a mucha buena gente de dentro y fuera de la Península.

¿Por qué en cambio, sentíame fuertemente atraído por las obras de escritores como Galdós, Palacio Val-

dés, Miró, Blasco Ibañez, Unamuno, Zozaya, y otras hierbas saludables, que no son precisamente ningún escaparaté de ideales ni esfuerzo medularmente revolucionarios?

ZANCADAS POR LA DERECHA. — Cuando en recientes artículos de prensa veo que Milla y J. Sender, dejan deslizar la opinión de que el octogenario novelista bilbaíno, mantiene una actividad política incolora; que no se le puede señalar con el dedo de una complicidad tácita ni pública con la dictadura fascista, pienso que mi estimado compañero y el exuberante autor de «Siete Domingos Rojos» se mecen, o se dejan mecer dormidamente en el columpio de la más nona indulgencia, de la más franciscana misericordia.

¿Piensan por reflejo del prestigio que insufla la tremenda obra barojiana? ¿Por simple piedad ante un hombre de ochenta años que vive «entre las fieras» anodado, triste, vacío, esperando exhalar el último suspiro?

De una u otra forma lo cortés no quita a lo valiente. La lástima que pueda inspirarnos una vejez desvalida y viuda no tiene nada que ver con la valoración que, en justicia, corresponda hacer de una obra y de un hombre que precisamente por su resonancia desborda el marco puramente episódico y nominal, para adquirir relieve de positiva transcendencia histórica.

Pío Baroja, que a través de toda su carrera literaria y política quiere aparecer como un mosquetero arrogante, idealista y valeroso, se muestra al borde del drama inmenso de su país, en el momento supremo de las grandes decisiones, como un rapaz atacado de espanto bruñil. Parece un caso patológico. Rezuma miedo por todos los poros de su sensibilidad, arrugada como la de una comadreja. Es cierto que los fascistas lo encerraron al principio, pero después colmáronlo de obsequiosas seguridades. Cuando años después de la tormenta, Camilio J. Cela va a pedirle que le prologue su «Pascual Duarte», Baroja le responde temblorosamente: «No; mire, Vd. quiere que lo lleven a la cárcel; vaya solo que para eso es joven. Yo no le prologo el libro».

Cela no fué a presidio; y esa obra no se que pueda tener en sus entrañas de verdaderamente atentatorio para la seguridad del régimen; no tiene la menor relación con los intentos ni afanes que nos azuzan a los de la acera de enfrente.

Si se hubiera tratado de «La Colmena» (obra que esconde una crítica, por carambola, a los desafueros franquistas) se explica que Don Pío se hubiese creído mezclado en una monstruosa conspiración que podía poner en grave aprieto la seguridad de su gacete, y ver sobre sí la sombra fatídica de Torquemada, de las hogueras y del garrote. ¡Es tan imaginativo el miedo!

Pero Baroja, no calla, ni silencia; no guarda esa prudente compostura ética de Ortega y Gasset, sino que habla desaforadamente. Y hasta chilla como un conejo asustado en algunas de las novelas que dió a luz durante y después de nuestra guerra.

Estoy seguro que ni Milla, ni J. Sender han leído su libro «Laura», escrito en París en 1939, cuando nadie ni nada le amenazaba terriblemente, ni trataba de arrancarle pedazos de su prestigio personal para adornar las triunfantes carrozas del crimen.

En este libro, cuyo subtítulo es «O la soledad sin remedio», como si fuera una lágrima inocente de mon-

ja enclaustrada, se narran las más absurdas crueldades, se hacen las más horribles descripciones, se vierten los conceptos más denigrantes e inicuos sobre el pueblo español; y todo naturalmente cargado a cuenta del «lado rojo» de la zona obrera y republicana. ¿Es preciso una confesión más palmaria de podredumbre moral, de rompimiento completo de todas las cuerdas anímicas ideológicas e intelectuales que mantenían la guitarra barojiana?

PASATIEMPOS ETNICOS Y EPITAFIO. — Es verdad que el absurdo novelista vasco tenía una preocupación singular por la antropología, deduciendo del perfil físico, la textura cerebral y el color del cabello, lo que cada uno era capaz de pensar, el alcance benigno o nocivo de las acciones humanas.

En un pasaje de «Laura o la soledad sin remedio» habla de las características raciales de Lenin (por cierto muy justamente), afirmando que «era como un gnomo malicioso y audaz». Por línea de comparación mis ojos se fijaron en la fotografía que publica el «Suplemento Literario de Solidaridad Obrera», número 3, donde aparece Don Pío ojeando un libro. Instintivamente pensé, sin reparar en titulares, que la Redacción de nuestra excelente revista «parisina» y el delicado gusto crítico y anecdótico de mi compañero Milla habían querido recordarnos un poco al ladino dirigente bolchevique. ¡Se parecen aquí tanto Don Pío y Lenin! En efecto. ¿Es la cara el espejo del alma? Pues, si así es, da ganas de romper el recuadro para no ver reflejados los perfiles mongoles de la bestia.

Otro, con más agallas y recursos intelectuales que yo, podía afrontar dignamente la buena tarea de estudiar la perfecta analogía étnica y psicológica entre el miedo a la persecución, la terrible manía de la conspiración ajena que supo insuflar al monstruoso aparato represivo del Estado ruso el sagaz dirigente comunista; y la analogía, digo, entre esto y las cretinas tribulaciones que rezuma la conducta y la obra postreras de Pío Baroja.

En «Laura» se cuentan cosas de una crueldad inaudita que sólo pueden cocerse en cerebros enfermos roídos por la lepra de la cobardía y la vileza. En el dulce y tranquilo París, Don Pío poseía teléfono a una sola línea y a través de la cual recibía noticia de todos «los crímenes», «saqueos» y «violaciones» que perpetraban los hombres de la F.A.I. en la zona «roja». Con el lado nacionalista la línea del teléfono no funcionaba. Y hasta ni se había preocupado de ello. ¿Para

qué, si allí todas las personas debían de ser más decentes, y eran gente de orden?

¿Cabe mayor parcialidad y estrechez de espíritu? Con desparpajo asombroso la pluma barojiana nos relata que alguien «desde la Mancha fué a Andalucía, donde presencié cosas horribles». «Había visto personas que las iban a fusilar con un collar de ojos de personas al cuello». Y que «como en todas las guerras españolas, el sadismo aparecía más en el Sur que al Norte. En el Norte era más la brutalidad simple, el fusilamiento y el incendio».

El tremendo bulo de la carne eclesiástica colgando de la puerta de las salchicheras asturianas, en 1934, queda, con esto, tamañito.

De otro lado el novelista nos cuenta el drama de Mercedes, una muchacha perteneciente a una «honorable familia burguesa» que salió de Madrid cuando ya olía a chamusquina, y cuyo novio, oficial de artillería, estaba comprometido con los conjurados del Cuartel de la Montaña. Esta chica guapa y vanidosa, fué detenida, en principio, y antes que pudiera llegar a Francia tuvo que pasar por el «terrible tormento de verse violada por un bárbaro jefe de la F.A.I.» que la dejó encinta.

Sería interminable este artículo si fuéramos a citar las otras barbaridades y sandeces que Baroja pone en boca de los principales protagonistas de su novela.

Para muestra basta un botón. Ahí está. Que se sepa, ni Camilo Cela, ni Zunzanegui, ni Gironella, ni Carmen Laforet, o Elena Quiroga, que han chupado (y quizás a pesar de ellos) de las negruzcas ubres franquistas, han escrito nunca así; ni serían capaces de dejar caer una gota de su limpia tinta en semejante bacinilla impresa.

Dejemos que se muera literariamente. Es pluma desplumada, con muchos años y muy poca hombría. Sobre su tumba los españoles de todas partes podríamos poner este epitafio:

**«Aquí yace un escritor
que se casó con la gloria,
muriendo miserablemente
entre tábanos y llagas
como el rucio de la noria.»**

Por su libro «Laura, o la soledad sin remedio» es, como la misión del bajo Consejo de la Hispanidad, como el fervido sueño imperial de la Falange: una deyección azul.

C. LIZCANO

NUESTRA SECCION LITERARIA

“La Vida y los Libros”

Se insertarán en esta sección mensual literaria críticas sobre aquellas obras que vayan apareciendo, escritas en los idiomas corrientes o traducidas, de las cuales hagan llegar los autores o editores, dos ejemplares gratuitos a la Redacción de CENIT, 4, rue Belfort, Toulouse (H.-G.)

Inauguración de la libertad



A mayor hazaña real de la historia parece sólo el más fantástico de los mitos. Algo que sucedió cinco siglos antes de nuestra era. Un imperio que se extiende desde Macedonia y las islas del mar de Jonia al Indo y desde el Tibet al Nilo, es decir, sobre tres continentes, sobre millones y millones de siervos, sobre centenares de razas y lenguas. Como todo dominio políticomilitar obra sobre una base crudamente económica: las perlas, las alfombras, los tejidos, las piedras y los metales preciosos llegan de los extremos del mundo a lomo de mulo, de camello o de nave; los pueblos que no tienen moneda pagan en especies: incienso los árabes, marfil y ébano los etíopes, caballos los babilonios y así hasta lo incesable. Los tributarios caucásicos sólo deben enviar cien vírgenes y cien donceles por año. El rey de tamaño imperio es tan grande que «la tierra tiembla y enmudece ante él». El rey de los reyes es sagrado y los pocos privilegiados que pueden acercarse a él no lo son tanto que puedan mancharlo con sus ojos profanos; sólo pueden, de rodillas, escuchar su voz a través de un cortinón de púrpura. Y si alguien osa sospecharle codicia o avaricia, ya que nadie puede dirigirse a él sin depositar una ofrenda a sus pies —su joyel o su collar el sátrapa o la cortesana, su ovejita el pobre—, ¿quién puede dudar de su magnificencia? Sus palacios, están atorados de todos los faustos posibles, entre el estorbo de dignatarios, capitanes, guardias, pajes, eunucos, palafreneros, monteros, mensajeros. Quince mil convidados tiene a diario a su mesa, y sus festines suelen durar una semana. Olvidamos decir que las mujeres más hermosas de la tierra constelan su serrallo. Y que el serrallo —tal vez la forma de opresión más exquisitamente infame— está ligado al poder y tanto que si alguien aventaja en omnipotencia irresponsable a los reyes de reyes son las reinas madres. ¡Esa Amestris—que hace enterrar vivos a catorce niños de la nobleza, o aquella Parisatis que manda desollar vivo al eunuco Masabates y después pisotea su piel!. El rey de la tierra... ¿Por qué no ha de tener caprichos como el destino quien está tan alto como él? Un día, para probar su destreza en el arco a su chambelán, el rey Cambises clava su flecha entre las cejas del hijo de ese chambelán, que, naturalmente, encuentra que la puntería es impecable. ¿A qué seguir? El supremo invisible, que ahora se llama Darío, recibe un día una noticia sin par: hay alguien en el mundo tan vesánico o imbécil como para dudar de su omnipotencia.

Son los griegos, los atenienses, mejor, que no sólo

prestan ayuda a los súbditos del rey sublevados en Jonia y el Archipiélago, sino que han llegado a incendiar la ciudad insufrible de uno de sus sátrapas. Darío, qué menos, decreta la servidumbre de aquellos Estados, casi inexistentes de lejanos y minúsculos, y les envía un mensajero con la noticia. El poderío persa es tan parecido al de los dioses, que las libres ciudades griegas terminan entregando la tierra y el agua que se les pide en señal de vasallaje. Sólo que Atenas y Esparta, heridas de golpe en su pudor libertario, prefieren echar a un pozo —¡tierra y agua, oh ironía!— a los heraldos del gran rey.

Hay algo sobre la tierra que es el más perfecto antípoda del gran imperio de Darío: es el coro de pequeñas ciudades-Estados de Grecia con la genial Atenas en primer término. Una breve península, numerosa y profundamente intervenida por el mar, de tierra pobre, con algunos millares de olivos y cabras, algunos cientos de millares de espigas, vides y abejas; en sus montañas faltan los metales de lujo, aunque sobra el mármol. Sólo que aquí el cielo y el mar son o parecen mucho más azules que en cualquier parte, y el aire se ha endulzado de colmenas y lirás, y la luz griega es tan increíble como la felicidad. Además, esta tierra, casi tan asediada de agua como una isla (sus hijos lo son tan de las olas como de la gleba) está en la embocadura de otros dos mundos donde la experiencia humana ha capitalizado su riqueza: Oriente y Egipto.

Esos dos detalles (de geografía uno, de historia otro) tendrán que ver, sin duda, con el milagro que allí se producirá un día: la aparición de un tipo de hombre de originalidad profunda, equilibrio de vivacidad y sagacidad, pronto a la iniciativa y la inventiva, es decir, sin miedo ante lo nuevo y lo ignoto, e idóneo para el mar y la aventura y el comercio integral con todas las gentes, y con un luminoso sentido de la justicia y la belleza, la piedad y la ironía, y un sentimiento de la personalidad y una osadía de ideas sin tradición en el mundo. Eso se inició—no lo olvidemos—en Jonia, donde llegan con Anaximandro, Parménides y Heráclito, los hombres de más grandiosa audacia que conoció el mundo hasta hoy: los reveladores del yo pensante como autoridad suficiente en sí misma y opuesta a los dogmas de la verdad revelada y los mitos, es decir, la tradición sacramentada e intangible. Atenas, la última venida y de mayor genio político, hereda y corona los esfuerzos precedentes del mundo griego para la aparición, por vez primera, de un demonio desconocido en la historia: el hombre libre.

Que eso no fué hazaña de pocos días, claro está. El griego, pese a sus magníficas dotes, hubo de vencer, en larga brega, las herencias de selva y de caverna que el hombre lleva en sí, y después asimilar y superar poniéndoles su cuño inimitable, las herencias de las viejas sabidurías del Oriente y el Meridión.

Ya en plena edad bárbara los demás nobles trataban a los reyes como a simples compinches con corona. Y su sentido de lo justo y de lo hermoso —del decoro humano, digamos—, era como un don de raza. Con los años eso crece. Lo de la democracia de Solón no es, pues, una ocurrencia solitaria de filósofo, sino la organización de algo que ya estaba implícito en lo mejor de la vida griega. El triunfo sobre la desmesurada monocracia de los medios significó una prueba de la excelencia del ensayo helénico y la mejor razón para llevarlo a su ápice. Así nació el milagro de la Atenas de Pericles.

Darío envía contra el Atica unos doscientos mil soldados. Atenas sólo puede oponer sus diez mil hoplitas y los mil infantes de su aliada, Platea, pues Esparta, con zurdo pretexto, elude la ayuda impetrada. Uno contra veinte. Y sin embargo vence, aunque aún cueste creerlo. Y vence con soldados improvisados, con meros gimnastas. Pero el monstruo vencido no acepta la derrota, porque no puede ni siquiera imaginarla. Lo que vuelve cuatro años después no es un ejército, sino un enjambre de pueblos, la mitad del Asia. Por el mar, tantos barcos como las olas de una tormenta. Grecia se sintió sumergida en el abismo, a la sola aproximación de aquel océano armado. La sola idea de defensa frente a aquello ¿no era ya el comienzo del delirio? Los mismos dioses consultados se mostraron derrotistas... Qué mucho que entre las otras ciudades fraternas, las mejores deserten y las demás se entreguen. Sólo que el espíritu de Grecia se ha refugiado en la Acrópolis y los atenienses aceptan la lucha y junto a ella, aunque decidiéndose lenta y tortuosamente, están esta vez los espartanos. Atenas, buscando el mejor piso para sus pies ligeros, se ha embarcado casi toda. Salamina es hasta hoy la más grande batalla del mundo (más que todas las Arbela, Canas, Farsalia, Austerlitz y Verdún habidas), no sólo porque unos cuantos milés de hombres vencen a un ejército casi cien veces mayor, sino porque la más grade antorcha que guía a los hombres todavía —la libertad griega—fué salvada esa vez.

Atenas no es toda Grecia. Mucho de lo más grande que produjeron los griegos —Homero, el pensamiento pitagórico, el pensamiento y la poesía de Jonia— no fué cosa de Atenas. Pero Atenas, la última venida, resume lo mejor de la experiencia helénica y con su superior aptitud política, lo lleva a su apogeo. O, dicho de otro modo: lo que Atenas (y aunque sobre la espalda de los esclavos) inicia con el nombre de democracia, no es un ensayo mera y someramente político, sino un esfuerzo integral tendido a producir la aurora del hombre frente a la noche monocrática de los dioses y los reyes. Atenas no es sólo la afirmación

total de lo que los otros pueblos niegan —el derecho de toda criatura humana a prescindir de amos—, sino que, superando el heroísmo guerrero de la «Iliada» por otro mucho más profundo, enseña para todos los siglos que la hazaña heroica por excelencia es ser un hombre libre, ser un hombre.

Desde las guerras médicas adelante, por lo menos, la clutura de Atenas y de las ciudades congéneres se movió para eso, o significó eso: **la educación o formación del hombre según las leyes que gobiernan la forma y la esencia más auténtica de su ser.**

En la medida en que la sociedad ateniense del gran siglo, pese a estar alzada sobre el trabajo esclavo, fué la más aproximadamente libre entre todas, su cultura es la más luminosa conocida hasta hoy. O lo que es lo mismo: para ella cultura fué la realización de la libertad. Lo que los atenienses, que gustaban llamarse **siervos de la libertad**, aprendieron y enseñaron para siempre, es que la abdicación de la voluntad y de la autonomía de la persona es un crimen de lesa humanidad, porque la libertad es el hombre mismo, todo el hombre. Así lo expresan la figura y la leyenda del mayor héroe de Grecia, el que es como la encarnación misma de su espíritu, Prometeo, cuyo verbo libertario, transmitido por Esquilo, es el más alto mensaje de dignidad humana escuchado hasta hoy. ¿Aragaremos que la lección de misericordia y fraternidad de ese Job combatiente, de esa estrella matinal del destino del hombre, no ha sido aun superada?

Otrosí digo. Observadores modernos han advertido que la libertad helénica tuvo su coeficiente en una extrema fragmentación del poder político. Sabido es que, pese a su pequeñez, Grecia no llegó a constituir nunca un todo más o menos unido y homogéneo. Fué no se olvide, un semillero de repúblicas liliputienses: la cosa polarmente opuesta a esa ciclópea concentración y unipersonalización del poder público que fueron las monarquías asiáticas o el imperio romano, para no referirnos a los grandes Estados modernos. ¿Es que, como piensan las escuelas libertarias modernas y los pensadores que asumen mejor, sin duda, el espíritu de nuestro tiempo y del venidero, el Estado, ventripotente dios de uñas de bronce, conspiran contra el hombre, por lo menos contra el hombre del futuro, ése que ya llevamos nosotros adentro? «Solamente donde el Estado termina comienza el hombre» escribió Jorge Brandes. ¿Y no dijo Jéfferson, fundador de la democracia nortamericana que «el mejor gobierno es el que gobierna menos»?

Si la observación anterior es válida para Grecia, no lo es menos para las gentes de la Biblia, pese a la categórica diferencia que media entre ambos pueblos. El haber sido una pequeña nación sita en la encrucijada del camino de los grandes imperios —Babilonia, Egipto, Roma, cuyas tiranías padeció— impidióle constituir un prepotente Estado politicomilitar que metiera en cautividad a sus propios ciudadanos, como

los otros. Por eso mismo sus pequeños reyes —poder ejecutivo— se vieron obligados a aguantar la oposición parlamentaria y las ideas disolventes en su radical igualitarismo de los más poderosos oradores populares del mundo: Ezequiel, Isaías, Elías. Lo cierto es que el judío no doblaba su rodilla ante ningún amo o ídolo.

La verdad de lo anterior resulta igualmente corroborada por lo que vino más tarde: esto es, que los

mejores momentos de la historia de Europa están signados por la coincidencia de un poderío estatal muy moderado —que garantiza la libertad siquiera relativa del ciudadano— con un alto nivel cultural, así los pequeños reinos de la maravillosa civilización arábigoespañola, los pequeños estados de la Alemania de Goethe y Beethoven, la Florencia de Dante, Miguel Angel y Leonardo, la Holanda donde meditó Espinosa y buscó refugio Descartes.

Luis FRANCO

LOS COMEDORES DE CERDO TRIQUINOSIS



MIENTRAS que observaba el azote del carbunco en la Siberia extremeña, me apercibí pronto que había otra plaga que hacía muchos estragos en aquella región. Era la triquinos, una enfermedad parasitaria que se caracteriza por la presencia en el seno de las fibras musculares estriadas de la larva de un pequeño nematodo intestinal, la trichinella spiralis o triquina.

Los nematodos forman una clase de gusanos, pertenecientes a la rama de los nematelmintos. Son parásitos de cuerpo largo y delgado, no segmentados, revestidos de quitina, sustancia que protege el cuerpo de estos animales; carecen de apéndices locomotrices y su tubo digestivo es completo. Todos son parásitos del hombre y de algunos animales domésticos y salvajes. Su tamaño es variable; la lombriz intestinal (*Ascaris lumbricoides*) mide hasta 25 centímetros, mientras que la triquina necesita el microscopio para reconocerla bien.

En aquella región extremeña, cubierta en parte por grandes encinares, la cría del cerdo era una de las fuentes principales de su riqueza. Su carne era la alimentación casi exclusiva de sus moradores, tanto por costumbre como por economía, pues no había una familia de campesinos que no engordara algunos cerdos para su sustento durante el año. Pronto registré numerosos casos de triquinosis desapercibidos por los médicos de aquellos pueblos, quienes al llegar allí para ejercer su profesión, se casaron con las labradoras más ricas, abandonando sus estudios y dedicándose a explotar un capital mal adquirido. Los clientes de triquinosis visitados por ellos tenían un diagnóstico equivocado, y eran considerados como enfermos de fiebre tifoidea, de reumatismo articular agudo, de diarrea infecciosa y hasta de los riñones, por el edema periorbitario que aparece en un momento dado.

En seguida que me di cuenta exacta de lo que ocurría, lancé el grito de alarma a los campesinos y les advertí el peligro y la manera de evitarlo.

Los habitantes de aquella región eran en extremo carnívoros y se alimentaban casi exclusivamente de la carne de los animales muertos y la de los cerdos sacrificados, y aun de los que morían de una enfermedad cualquiera. Aparte de las enfermedades del carbunco, y de la triquinosis que nos ocupan, la mayor parte de los habitantes padecían enfermedades del estómago, como hiperclorhidria y úlceras, motivadas por el abuso de la carne de cerdo. Hice activa propaganda para que se moderaran en el régimen carnívoro, pero con poco éxito. Se daban en aquellas tierras toda cla-

se de verduras, pero las cultivaban poco. La fruta era exquisita y tan abundante que cubría el suelo abandonada bajo los árboles frutales, porque tenía poca salida por falta de transportes, pero se la tenía en poca estima; la carne era la que se devoraba con verdadera ansia.

Sólo encontré un vegetariano en aquella región: el cura de Herrera del Duque. Era un hombrachón de fuerza hercúlea, capaz de dominar un buey. Cada vez que pasaba por Siruela, venía a visitarme y me hablaba de la excelencia de sus verduras, que él mismo cultivaba en un huerto que tenía cerca del pueblo. Era tolerante y transigía en materia religiosa, pero no en lo referente a la alimentación, y no había un sacerdote que al pasar por su casa no tomara comida vegetariana. Hasta el mismo obispo, tan glotón como era, tenía que amoldarse a la cocina vegetariana. Era un hombre bueno y se hacía querer por todos los que lo trataban; por eso los curas y frailes le perdonaban el hambre que les hacía pasar, y reían mucho de sus ocurrencias culinarias.

La trichinella spiralis, vulgarmente llamada triquina, agente etiológico de la triquinos, fué descubierta en estado de quistes en los músculos de los cadáveres humanos que fueron autopsiados por Peacock en 1828.

En 1846 Laidy, de Filadelfia, encontró los quistes en la carne de cerdo y sugirió la similitud con los encontrados en el hombre.

Leukart, en 1855, y Virchow en 1859, mostraron que esos quistes, dado como alimentos a ciertos huéspedes experimentales, se desarrollaron como adultos en unos pocos días, y que las hembras, en la pared duodenal, producían larvas vivas que emigraban a los músculos para enquistarse en ellos.

Los investigadores alemanes, algunos años después, demostraron que el consumo de carne de cerdo infestada, cruda o poco cocida, es la causa de la triquinos.

La enfermedad no se reconoció como importante problema de salubridad pública hasta el final del siglo diecinueve y principios del actual. Hoy se le da una importancia particular a esta enfermedad, tanto en Europa como en Estados Unidos. En este último país se han presentado varias epidemias intensas, con sus consiguientes defunciones.

La triquina es una enfermedad cosmopolita que prevalece en las regiones templadas donde se come la carne de cerdo.

Es endémica en los Estados Unidos y en Europa, habiéndose presentado algunos brotes epidémicos en las regiones tropicales y subtropicales del África y de Sudamérica.

* * *

En los Estados Unidos no se presentan muchos casos de triquinosis humana, a pesar de que el 27 % de los cerdos están triquinados, y en Alemania la enfermedad es frecuente, donde sólo el 2 % de los cerdos tienen triquina. Y es que influye en definitiva el cocido de las carnes. En Alemania del Norte, en donde existe la costumbre de comer cruda la carne de cerdo, los casos de triquina son muy frecuentes. De 1860 a 1900, se registraron en aquella zona diez mil atacados con setecientos muertos. Esto dió motivo a que se creara un cuerpo de inspectores, destinado al examen de las carnes.

Sin embargo, en los Estados Unidos la enfermedad está más extendida de lo que se dice, y no se han tomado en cuenta algunas formas esporádicas. H. U. William hizo un estudio de los músculos de cincuenta cadáveres, muertos por otras causas, encontrando veintisiete casos de triquina o sea 5,3 %. Riley y Schleifley encontraron veinte casos de triquinosis en 117 cadáveres, o sea un 17 %, y es que la carne salada y ahumada, como observa Osler, no es a veces inofensiva, y puede infestar a los seres que la comen. Observación parecida la hice yo con frecuencia en la parte norte de la provincia de Badajoz, donde entablé una porfiada lucha contra la enfermedad.

El coeficiente para México es bastante semejante al observado en los Estados Unidos. Por lo general parecen predominar las infecciones ligeras. La triquinosis en el gato es frecuente en México, debida a la costumbre de alimentar a este animal con carne cruda. Nuñez y Mazzotti, en 1948, examinaron 300 gatos y encontraron un 25 % con triquina. El estudio en el gato puede poner sobre la pista de la presencia de triquina en las regiones en que se supone que no existe este parásito.

La triquina es desconocida en las poblaciones indígenas de Filipinas, Panamá, Puerto Rico y en los países mahometanos.

* * *

Cuando el hombre come carne cruda o mal cocida, infestada con quistes de *trichinella spiralis*, éstos quedan libres al digerirse la carne en el estómago. En el intestino delgado (duodeno y eyuno) salen del quiste e invaden la mucosa, donde se desarrollan, y después de cuatro mudas se convierten en adultos machos y hembras, al cabo del una semana o antes.

Los machos miden un milímetro y medio de longitud, mientras las hembras son algo más que el doble de largo. Las hembras penetran en las capas más profundas de la pared intestinal y aún en los ganglios linfáticos mesentéricos. Una vez fecundadas, las hembras empiezan a depositar larvas, algunas de las cuales escapan a la luz del intestino, llegando a los linfáticos intestinales o a las vénulas mesentéricas. Estas larvas no miden más de cien micras (milésima de milímetro). La postura de las larvas alcanza unas seis semanas, descargando cada hembra por lo menos 1.500 larvas.

Las larvas son arrastradas al corazón derecho y a los pulmones, y después a la circulación arterial. Aunque pueden fijarse en diversos tejidos, sólo en los músculos esqueléticos pueden continuar su desarrollo y enquistarse. Los músculos más activos son los más atacados, como el diafragma, los de la laringe y la lengua, los del abdomen, los intercostales, bíceps, pectoral, deltoides y otros. Las larvas crecen dentro de la cápsula del quiste hasta llegar a tener una longitud de 1 m/m. y como consecuencia se produce la degeneración de las fibras musculares y proliferación del tejido conjuntivo intersticial. De la observación de algunos casos, se cree que las larvas enquistadas permanecen vivas en el hombre durante 31 años. En el hombre, cinco larvas por gramos de peso, pueden producir la muerte; en los cerdos diez larvas, y 30 en las ratas de laboratorio.

Los huéspedes normales de la triquina son la rata y el cerdo. Este se infesta comiendo ratas triquinosas, y el hombre comiendo el cerdo con triquina. Los jabalíes, osos, ga-

tos, perros y otros mamíferos, pueden infestarse secundariamente. Las gallinas rara vez, pero se han dado algunos casos.

* * *

He aquí un cuadro abreviado de la enfermedad que nos ocupa:

Durante el periodo de incubación, del 7 al 14 día, hay irritación e inflamación en los sitios en que las larvas penetran en el intestino. Entonces se presentan náuseas, vómitos, diarrea tóxica o disintérica, cólicos y sudor copioso. A veces aparece una erupción de máculas y pápulas en la piel del tronco y extremidades. Al infiltrarse los músculos por las larvas, los dolores de tipo reumático, a veces ligeros, suelen hacerse torturantes. Nosotros hemos encontrado estos dolores musculares en la Siberia extremeña, que se atribuían al reumatismo, en enfermos que hacía mucho tiempo habían padecido la triquinosis. Se presentan además alrededor de los ojos, lados de la nariz, sienes y manos. La temperatura se remonta a 40° y 41°. Según los músculos interesados, hay dificultades en la respiración, en la masticación, la deglución y el habla. El corazón también es atacado, por lo que la miocarditis es una de las complicaciones más serias y retativamente frecuentes.

En el periodo de enquistamiento de las larvas, puede haber caquexia, edema tóxico o deshidratación extrema. El pulso es al principio rápido y fuerte, pero después cae con rapidez y se presenta la cianosis. La presión sanguínea disminuye a tal extremo, que el enfermo cae en colapso. Los trastornos nerviosos son intensos, como los defectos de la visión, inquietud, alucinaciones, delirio y encefalitis. El enfermo puede sucumbir por la toxemia, miocarditis, neumonía lobar, peritonitis, pleuresía y nefritis.

A veces la enfermedad se disfraza de tal manera, sus formas son tan atípicas y sus síntomas tan borrosos, que pueden cometerse errores de diagnóstico con frecuencia.

* * *

Como no hay medicamento específico para la enfermedad, el tratamiento de la triquinosis no es muy satisfactorio, sobre todo en la forma grave. En el comienzo de la enfermedad, cuando el parásito no se había fijado todavía en el intestino, trataba de eliminarlos con purgantes repetidos, y por analogía con el tratamiento de otros parásitos, me servía del timol y del emético, así como del neosalvarsan, éste último con resultados negativos. Aplicaba un tratamiento de sostén para conservar la fuerza del enfermo. Empleaba los sedantes para reducir el dolor muscular; la balneación para combatir la hipertermia, como en la fiebre tifoidea. Mantenía el intestino al corriente y alcalinizado, y ponía especial atención al funcionamiento de los riñones. Administraba estimulantes cardíacos y respiratorios y estaba alerta con la miocarditis y la hipertensión arterial. En los enfermos deshidratados inyectaba el suero salino isotónico o hipertónico.

* * *

A pesar de los años transcurridos, el problema del tratamiento de la triquinosis sigue sin resolverse. Se conoce que los hombres de ciencia que disponen de laboratorios bien equipados, al servicio del Estado y no de los pueblos, se preocupan más que de los medios de curar las enfermedades, de desencadenarlas en grandes escalas con los gases asfixiantes, guerra bacteriológica y bombas atómicas y de hidrógeno.

Se ha hablado de los trabajos de Mc Naugh, Beard y de Eds, reduciendo el número de larvas en los músculos de ratas experimentales, administrándoles sulfamilamida, así como de los experimentos de Somen administrando el butolán, pero en resumen nada de definitivo.

No disponiéndose de una medicación específica, había que extremarse en los medios de profilaxis, así que aconsejé a aquellos campesinos los métodos más prácticos para dominar la infección, como la destrucción de todos los cadáve-

res y vísceras de cerdos que mueren, de ratas y ratones y cocción suficiente de toda clase de carne destinada para consumo humano. Se hizo una fuerte presión sobre las autoridades y se dispuso que la carne de cerdo fuera formalmente reconocida por el veterinario antes de ser consumida. Pero se presentó una grave contrariedad y era los perjuicios que se ocasionaban a los pobres que se les quemaba el cerdo contaminado que iba a constituir el principal alimento para todo el año. Esta dificultad se resolvió fácilmente, depositando una pequeña cuota por cada cerdo reconocido, y el total sirvió para comprar un cerdo sano al que lo perdía enfermo.

Los casos que asistía de triquinosis fueron muy numerosos y conocí la enfermedad en todas sus fases, desde la forma más grave hasta la más leve, éstas últimas simulando un reumatismo muscular de larga duración. El tratamiento de conjunto que yo empleaba y el amor a mis semejantes, me dieron resultados muy satisfactorios.

Por cierto que una vez se me presentó la ocasión de salvar la vida de uno de los peores tipos del pueblo de Siruela. Se trataba de un seminarista, próximo a acabar la carrera de cura, miembro de una familia cavernícola de la peor especie. Encontrándose gravemente enfermo el referido sujeto, cayó enfermo el médico que le asistía, un hombre que tenía una cualidad pasmosa en equivocarse con sus enfermos, preocupada su escasa inteligencia con los campos y ganados que tenía su esposa. Entonces me pidió por favor que visitara en su lugar al seminarista enfermo. No pude negarme a un acto contrario a la generosidad de mis ideales. Pero el médico había equivocado el diagnóstico y lo curaba como un enfermo de nefritis aguda, a causa de tener un edema en los párpados. Rectifiqué el diagnóstico, y se confirmó en seguida por el análisis de una carne de cerdo que había comido, y con mucha devoción en mi asistencia salvé la vida del seminarista, estando convencido que si mi vida hubiera estado en sus manos, no habría vacilado en arrebatármela. Pero entre el anarquista y el cura hay tanta diferencia como entre el día y la noche. Cuando volví a darle cuenta al médico de cabecera del resultado de mi examen, lo primero que hice al llegar a su casa fué coger un tratado de patología médica de su minúscula biblioteca, buscar el capítulo referente a la triquinosis y ponérselo delante de las narices. Se incorporó en el lecho, leyó el capítulo con avidez y exclamó:

—Me he equivocado; el enfermo padece triquinosis.

* * *

Un suceso digno de relatar, referente a la triquinosis, ocurrió en el pueblo de Chillón, Ciudad Real, en la vecindad de las minas de Almadén. Un día se me llamó al citado pueblo, donde había estallado una epidemia de una enfermedad desconocida y muy virulenta. En efecto, fui a Chillón y encontré varios atacados de triquinosis, y ya se habían registrado algunas defunciones. Los atacados morían con una rapidez nunca vista, no llegando ninguno a la semana. Pude encontrar que la carne de cerdo sospechosa tenía trichina, pero como el veterinario la había reconocido y la declaraba buena para el consumo, fué en el acto detenido por la autoridad local, a pesar de mi oposición. Entonces un enfermo que se encontraba muy grave y cuya mujer acababa de fallecer, me llamó a su lado y me hizo esta confesión: «Yo no tomé en serio los consejos de usted, porque no creía en la triquina; así es que el día de la matanza en mi casa, en vez de mandar un trozo de la lengua de mi cerdo al veterinario, lo envié del cerdo de un vecino, a quien el facultativo había dado el visto bueno, y entonces, bromeando, llegamos hasta comer con avidez la carne de cerdo cruda, salpicada con sendos tragos de vino manchego. El mal ya no tiene remedio, pero yo le ruego intervenga para que pongan en libertad al veterinario, que es inocente, y sea yo solo el que pague, aunque ya he pagado bastante por mi ignorancia, ocasionando la muerte de mi querida mujer y de un hijo».

El veterinario fué en seguida puesto en libertad, y yo convoqué al pueblo a un mitin que se celebró en la plaza pública, acudiendo millares de personas. Desde la tribuna terminé mi discurso haciendo esta pregunta: «¿Creéis ahora que existe la triquina?» «Si—me contestaron—, y estamos dispuestos a quemar toda la carne de cerdo que se encuentra en el pueblo, casa por casa». Pero como la medida era ruinosa para los pobres, aconsejé que se reconocieran todas las carnes a fin de aprovechar las buenas y destruir las que pudieran ocasionar la desgracia de los hombres. Y así se hizo con toda escrupulosidad.

Chillón es un pueblo antiguo de la provincia de Ciudad Real, a dos kilómetros de Almadén. Sus obreros reparten el tiempo en las labores del campo y en los trabajos de las minas de mercurio. Es un personal excelente, como no conocí otro, abierto a nuestros ideales, y en los momentos críticos de la lucha antifascista, siempre acudieron con las armas en la mano dispuestos a todos los sacrificios.

Pedro VALLINA

Bibliografía de publicaciones anarquistas en lengua italiana

158. «L'Agitazione». Periódico comunista anárquico. París. Editado a cargo del grupo anarquista «Pietro Gori», de París. Aparecen solamente dos números, el primero en fecha de 22 de mayo de 1926. En su programa manifiesta sostener los conceptos del comunismo anárquico, de la organización obrera y de la organización de los anarquistas iniciadores de la Unión Anarquista Italiana. Pequeño formato, cuatro páginas a cuatro columnas. Redactores: B. Fantozzi y A. Meschi.

159. «La Quale...» Dinámico oficioso de los ignorantes. París, 20 de mayo de 1926. Representa una tentativa de publicación de un periódico humorístico. Aparece un solo número de cuatro páginas a cuatro columnas. Redactor: Auro

d'Arcola. Se imprime en la imprenta «La Fraternelle», dirigida por Sebastián Faure.

160. «Lotta Umana». Reseña anarquista mensual. París. Inicia su publicación el 1 de octubre de 1927, con ocho páginas a pequeño formato, a tres columnas. Dada la imposibilidad—para los extranjeros de la época—de desarrollar abiertamente una propaganda anarquista, todos los redactores de ésta, como de las demás publicaciones que vieron la luz en Francia, se vieron precisados a utilizar los nombres diversos, al tiempo que el responsable de la publicación debía ser necesariamente un francés. Se publicó hasta el 18 de abril de 1929, con un total de 31 números, debiendo afrontar muchísimas dificultades. Se suspende la pu-

blicación, porque el redactor y sus principales colaboradores son expulsados de Francia e inmediatamente después, de Bélgica. Redactor: Luigi Fabbri (Ludovico Schlosser), (Topo de Biblioteca), Camilo Berneri (Baer), Gigi Damiani (Ausonio Acrate, Simplicio), Torcuato Gobi, Ugo Fedeli (H. Treni. Renti. F.D.L.), Luigi Vezanni (Lux). Es una publicación interesantísima.

161. «Remember». Número único. Pro víctimas políticas. Editado a cargo del Comité Anarquista Pro Víctimas Políticas de Italia. París, 24 de mayo de 1927. Se vende a «precio voluntario». Gran formato, cuatro páginas a cinco columnas.

162. «Comitato Anarchico». Pro víctimas políticas de Italia. Número único. París. Octubre 1927. Contiene el estallido administrativo del Comité y un artículo de «Comentarios y advertencias», firmado por Brutius (Pietro Bruzi). Pequeño formato, cuatro páginas a dos columnas.

163. «Resistere». Número especial. París. Publicación informativa del Comité Pro Víctimas Políticas de Italia. Meses de noviembre-diciembre de 1928.

164. «Bollettino del Comitato Internazionale di Difesa Anarchica». Edición mensual en lengua italiana. París. El primer número lleva la fecha del 1 de julio de 1927. Aparecen solamente dos números en pequeñísimo formato; cuatro páginas, dos columnas. Sostiene la campaña en pro de «Ascaso-Durruti-Jover», anarquistas españoles detenidos en Francia; contra las continuas expulsiones de Francia; contra la represión de los anarquistas en Rusia, etc.

165. «Guerra di Classe». Boletín mensual de la Unión Sindical Italiana. París-Bruselas. El primer número aparece en septiembre de 1930. Los primeros cuatro números se imprimen en Fontenay-sous-Bois (París), pero al ser expulsados de Francia sus editores, el número 5, de enero de 1931, aparece en Bruselas (Bélgica), donde continúa irregularmente hasta principios de la revolución española, reemprendiéndose su publicación en Barcelona. Entre sus varios redactores contamos: en Francia, Cremonini; en España, Camilo Berneri, Virgilio Gozzoli, Aldo Aguzzi.

166. «L'Ora Nostra». Boletín mensual de propaganda anarquista. Marsella. Aparece en pequeño formato, cuatro páginas a tres columnas, el 20 de enero de 1928. Salen tres números, el último corresponde a julio de 1928. Redactor: Andrea del Vértice.

167. «Non Molliamo». Editado por el Grupo Anarquista Pro Acción Antifascista en Italia. Marsella. Para ser enviado a Italia clandestinamente y distribuirse gratuitamente. El primer número es de enero de 1927. Lleva como subtítulo «¡Libertad!... ¡Libertad!... ¡Libertad!...» Aparecen tres números regularmente: enero, febrero, marzo. No lleva indicación de lugar de publicación. Pequeño formato, a dos columnas. Redactores: Gigi Damiani y Carlo Frigerio.

168. «Lotta Anarchica». Órgano quincenal del Comité Provisorio por el enlace entre las fuerzas comunistas-anarquistas. París. Comienza a publicarse el 6 de diciembre de 1929. Lleva como encabezamiento «Nueva Serie de Lotta Umana», porque en realidad esta publicación fué la continuación—con otros redactores—de la labor que se había asignado desarrollar «Lotta Umana» y su grupo residente en París. Con el número 8 del 20 de octubre, modifica su cabecera—después del Congreso de los adherentes a la Unión Anarquista Italiana, realizado en París en junio de 1930—estableciéndose en «órgano quincenal de los Grupos Comunistas Anarquistas adherentes a la Unión Anarquista Italiana». En noviembre de 1930 se modifica otra vez siendo «órgano quincenal de la Unión Comunista Anarquista de los prófugos italianos». Continúa apareciendo hasta fines de 1933. Redactores: Mastrodicasa (Numitore), Cremonini. Colaboradores: Luigi Fabbri, Hugo Treni.

169. «Fede». Quincenal anarquista de cultura y de defensa. París. Segunda serie. Inicia su publicación el 1 de mayo de 1929 y continúa durante diez números—hasta diciembre de 1930—en París. Luego, ante la expulsión de

sus redactores, se publican dos números en Bruselas. Cesa la publicación en abril de 1931. Redactores: Gigi Damiani, Virgilio Gozzoli. Colaboran: Mario Mantovani, etc.

170. «Resistere». Número especial. París. Publicación informativa del «Comité Pro Víctimas políticas de Italia». Abril de 1929. Número casi enteramente dedicado al anarquista Angelo Bartolomei, quien a principios de noviembre de 1928, en Jozeur, ajusticiaba al cura Cavaradossi, vicedónsul italiano, quien, además de extorsionar a los refugiados italianos antifascistas realizaba una labor de provocación entre los refugiados.

171. «La Verità». Número único. París. Apareció el 10 de junio de 1929. Enteramente dedicado a la polémica con el doctor G. Donatti (redactor del periódico «Il Dover» y después de la revista «Il Pungolo»). De las ocho páginas con que contaba el periódico, casi la mitad se hallaban ocupadas por un artículo de C. Berneri contra G. Donatti. Redactor: Camilo Berneri.

172. «Umanità Nova». Quincenal anarquista. Puteaux (París). Inicia su aparición el 20 de octubre de 1932, y cesa después de cinco números el 25 de diciembre del mismo año, porque, a causa de las persecuciones policiales modificó título y cabecera llamándose:

173. «La Protesta» (La Protestation). Quincenal. Puteaux. (París). Gerente A. Bianco. El primer número corresponde al 5 de marzo de 1933. Aparecen solamente tres números; luego, siempre para escapar a las persecuciones policiales, escoge un nuevo título:

174. «La Vecchia Umanità Nova» (La Vieille Umanità Nouvelle). Quincenal. Puteaux. (París). El primer número corresponde al 15 de abril de 1933. Aparecieron muy pocos números. El redactor, continuamente perseguido, fué detenido y deportado a Bélgica y luego de Bélgica a Francia y así sucesivamente durante varios años. Todas estas publicaciones se hicieron por cuenta del «Grupo Autónomo» de París. Redactor: Camilo Berneri.

175. «Insorgiamo». Periódico anarquista. Lyon. Inicia su publicación el 1 de septiembre del 1931. Aparece irregularmente. Su número último es el del 15 de julio de 1933. Colaborador: Gigi Damiani.

176. «Lotte Sociali». A cargo de la Federación Anarquista de prófugos italianos. París. Inicia su publicación en 1933 y continúa, sobre cuatro páginas, hasta 1934.

177. «La Lanterna». Periódico anarquista. Toulon. Inicia su publicación el 1 de julio de 1932 sobre cuatro páginas. En 1934, después de algunas suspensiones, aparece sobre diez páginas, a multicopista; así sucede con el número 13 del 1 de octubre de 1934. A partir del número 4, año II, agosto de 1933, la redacción del periódico se traslada de Toulon a Marsella.

178. «S.I.A.» Órgano de la Solidaridad Internacional Antifascista. París. Comienza en noviembre de 1936, en gran formato, primeramente sobre diez páginas, luego ocho y en ocasiones seis. Colaboran escritores de diversos países, todos en sentido libertario. El texto es, sobre todo, en lengua francesa, pero también en italiano y en español. La página en italiano tenía como título:

179. «La Voce dell'antifascismo Italiano». Aparece regularmente desde 1936 hasta agosto de 1939, es decir, hasta la víspera de la segunda guerra mundial. Redactor del periódico trilingüe: Henry Jeanson; de la página en italiano: Alberto Meschi.

Terminada la guerra los anarquistas españoles trataron de reemprender su publicación, en junio de 1947, siempre con el título de «S.I.A.», en Toulouse, con algunas columnas en italiano y el resto en español. Pero aparecieron solamente tres números.

180. «Il Momento» (Le Moment). Quincenario, órgano de la Unión Anarquista Italiana. París. Comienza a aparecer el 1 de mayo de 1938. Aparecen cuatro números sobre seis páginas a cinco columnas. Redactores: Leonide Mastrode-

cassa, Virgilio Gozzoli, Fornasari. Colaboradores: L'Uomo di Piedra, Alberto Meschi, Domingo, Rizoluzio Giglioli.

181. «I Liberi». Boletín anarquista. Indicación del lugar: Roma. Inicia su publicación en enero de 1938 y la continúa hasta abril (número 5) de 1938. Cinco páginas a multicopista.

182. «Rivoluzione Libertaria». Francia. (Sin indicación de lugar). Inicia su aparición en septiembre de 1938. Pequeño formato a cuatro páginas sobre dos columnas. Aparecen cuatro números; el último es de diciembre de 1938.

183. «Boletino dei Campi di Concentramento». Mensual. Marsella. A multicopista. Comienza a publicarse a principios de 1939 a modo de enlace entre los varios campos, es decir, inmediatamente después de la derrota de la revolución en España. Contiene artículos en francés y en italiano. Sigue publicándose con doce páginas hasta el estallido de la guerra. El número 6 lleva la fecha del 10 de junio de 1939. Su misión era la de aportar información de los diferentes campos de concentración en los que se hallaban los prófugos de la guerra de España.

TÚNEZ

184. «Il Vespro Sociale». Número único. Túnez. Ante la imposibilidad de continuar la lucha en Italia, Paolo Schichi, refugiándose en Túnez, publicó este periódico, con fecha del 25 de octubre de 1924. Las autoridades de Túnez no permitieron la continuación de la publicación y expulsaron a Schichi, que se refugió en Marsella.

ALEMANIA

185. «Il Messagero de la Riscossa». Periódico anarquista autónomo. Quincenal. Hamburgo. El primer número aparece el 20 de junio de 1923. Aparecen solamente cinco números, en formato diverso, el último es de fecha 5 de septiembre de 1923. Redactor: Renato Souvarine (Renato Siglich). Colaboradores: Paolo Schichi, Hugo Treni (Ugo Fedeli).

ESPAÑA

186. «Guerra di Classe». Quincenal. Barcelona. Redacción: Via Layetana. C.N.T.-F.A.I. Al principio aparece sin regularidad determinada. El primer número lleva la fecha del 9 de octubre de 1936. Con el número 7 comienza su segundo año. Desde octubre de 1936 a marzo de 1937 depende de un Comité de Redacción compuesto por Camilo Berneri, Mastrodicassa y Virgilio Gozzoli. Pero es Berneri quien da un mayor impulso a la publicación, imprimiéndole las características de su personalidad. Desde el 5 hasta el 18 de marzo y después de la muerte de Berneri la dirige Mastrodicassa, y desde el 18 al 30 la dirige Virgilio Gozzoli. El último número, que aparece con fecha del 30 de noviembre de 1937, está redactado por Aldo Aguzzi. Todo y siendo éste hasta cierto punto órgano de la Unión Sindical Italiana (Sección de la A.I.T.) como lo anuncia en su primer número y como tal la continuación de «Lotta di Classe» de París, se demuestra que es algo muy distinto, en ciertos aspectos; sea por cuestiones del momento o bajo la presión de los acontecimientos, lo cierto es que adquiere una importancia particular que le da aspectos nuevos y diversos. Contiene artículos importantísimos entre los que corresponde señalar los de Berneri en polémica con Federica Montseny. Colaboran también varios españoles, entre quienes puede citarse a D. A. de Santillán.

187. «Frente Libertario». Órgano de las Milicias Federales. Madrid. Editado por el Comité de Defensa de la Región Centro. En enero de 1937 lanza un número extraordinario, formato diario, a cuatro páginas, mitad español y mitad italiano, con un «Apello ai Milite Fratello», en cuatro lenguas (llamada a las milicias hermanas). Pero es

a partir de mayo de 1930 que comenzó la aparición semanal y regular, en multicopista, de un:

188. «Bolletino in italiano per i miliziani combattenti al fronti di Madrid», regularmente en cinco páginas. El número correspondiente al 30 de noviembre de 1938 se realiza en imprenta, con ocho páginas y con el subtítulo de «Edito dal Comitato di Difesa della Regione del Centro». Se publicó hasta el 10 de febrero de 1939. Es importante por su documentación acerca de la Revolución española.

189. «Bollettino d'Informazioni». C.N.T.-A.I.T. Barcelona. Noticiario y comunicados proporcionados por la C.N.T.-F.A.I. El primer número, a multicopista, corresponde al 5 de agosto de 1936. Aparecen muchos números, pero no podemos precisar cuántos.

190. «Boletino d'Informacion» della Sezione dell'Unione Anarchica Italiana. Barcelona. Comienza su publicación en mayor de 1938. Aparecen pocos números.

ESTADOS UNIDOS DE NORTEAMERICA

191. «Cronaca Sovversiva». Semanario anarquista de propaganda revolucionaria. Barre Vermont. Inicia su publicación en 1903 y en sus primeros cinco años cambia varias veces de formato. En 1908 adopta un gran formato que conservará hasta su desaparición. En 1912 se trasladó a Lynn Mass, donde se publicó hasta el 18 de julio de 1918 bajo la dirección de Luigi Galleani. A consecuencia de su enérgica campaña contra la guerra mundial iniciada en 1914, campaña desarrollada con más ahínco después de la intervención en la guerra por parte de la propia América, se desplegó contra el periódico toda la ira y la violencia de los patrioterros. Uno a uno, todos sus redactores fueron detenidos y expulsados a Italia. Fué uno de los mejores periódicos anarquistas publicados en italiano. He aquí algunos números especiales de una importancia particular:

«Processo Gaerretto-Elia Corti». Número especial de «C.S.» Año II. Núm. 31 2/1/1904. Cuatro páginas.

«La Comune». Número especial. Año III; 3/6/1905. Ocho páginas.

«Gli Attentatori». Número especial. Año V. Número 30; 27/7/1907. Cuatro páginas en papel rojo.

«I Fatti di Paterson e il proceso a Luigi Galleani». Año V. Número 20; 18/5/1907.

«Michele Bakunin». Número especial. Año V. Número 26 del 26/6/1907. Cuatro páginas.

«Martiri di Chicago». Número especial. Año V. Número 45 del 9/11/1907. Doce páginas.

«La Comune». Número especial. Año V. Número 11 del 14/5/1908. Doce páginas.

«Francisco Ferrer». Número especial. Año VIII. Núm. 42 del 15/10/1910. Ocho páginas.

«Francisco Ferrer». Número especial. Año IX. Núm. 41 del 14/10/1911. Ocho páginas.

«Pietro Kropotkin». Número especial. Año X. Números 50-51 del 21/12/1912. Ocho páginas.

Antes de ser deportados, Galleani y sus colaboradores lograron publicar aún dos números clandestinos del periódico, siempre con el título de «Cronaca Sovversiva», en marzo y en mayo de 1919. Después de éstos, lograron sacar otros periódicos clandestinos, como por ejemplo:

192. «Cronache Rosse». Lynn Mass.

193. «L'Anarchie». Lynn Mass.

194. «Il Diritto». Siempre, todos ellos, redactados por Luigi Damiani. Con él fueron deportados sus propios colaboradores: Faffaele Schievina, Giobbe Sanchini, etc.

195. «Il Corriere Libertario». Semanario. Barre Vermont. Se publicaron unos pocos números hacia fines de 1914.

196. «Il Domani». Revista. New York. Aparecieron solamente tres números en 1920. La reacción, que se descargaba siempre de una manera particular contra los anarquistas italianos, impidió la publicación deteniendo a su admi-

nistrador Salsedo. Sometido a los interrogatorios de tercer grado, muere en manos de los policías. Redactores: Salsedo y Roberto Elia, también detenido y deportado a Italia.

197. «L'Ordine». Periódico anarquista quincenal. New York. Aparecieron seis números, desde 1919 a 1920, en forma de revista, a 24 páginas.

198. «La Jacqueria». New York. Se publicó en 1919 y 1920. Los pocos números que se lograron publicar tuvieron mucha dificultad de difusión a consecuencia de la reacción, siempre cargante contra los anarquistas, al extremo de que les obligaban a actuar en la clandestinidad.

199. «L'Inevitable». New York. Aparecen unos pocos números en 1920.

200. «Il Ribelle». New York. Como los precedentes aparece solamente por pocos números y no logra hacerse conocer del mayor número de militantes por las dificultades de difusión. El Correo se negaba a distribuirlo.

201. «L'Allarme». Semanario. Boston. Varios números en 1920. Redactor: Umberto Postiglioni.

202. «L'Era Nuova». Paterson. Se publicó durante largo tiempo hasta 1920. Durante cierto tiempo fué dirigido por Pedro Esteve.

203. «La rivolta degli Angeli». Periódico de los anormales. Aparece cuando puede. No lleva indicación de fecha ni de lugar de publicación, pero aparece en New York a principios de 1924. Sale un solo número de cuatro páginas sobre tres columnas. Su redactor, Stami, murió a raíz de un encuentro con la policía, mientras se le conducía al hospital. En la lucha habían participado los tres redactores del periódico. En el artículo de fondo se decía: «Surgimos de los proscritos. Se nos querrá aplicar la mordaza, pero los Angeles Rebeldes la han arrojado contra los cuernos de los pretendidos amordazadores».

204. «La Question Sociale». Semanario. Paterson y después New York. Se publicó durante varios años, hasta la primera guerra mundial y durante cierto período fué dirigido por Malatesta, durante el tiempo que estuvo en los Estados Unidos.

205. «L'Apello». Cleveland-Ohio. Pequeño periódico del que aparecen unos pocos números en enero y febrero de 1917.

206. «Il Proletario». Semanario. New York. Órgano de «Italian Weekly of the Industrial Workers of the World». Fundado en 1896 se convierte en órgano de la I.W.W. Como subtítulo lleva: «Conquistando las fábricas conquistaremos el mundo». Durante los años del fascismo recibió abundante colaboración de los militantes de la Unión Sindical Italiana, entre otros, de A. Giovannetti, A. Borghi, Virgilia d'Andrea, etcétera. Se publicó en gran formato hasta 1917. Después adoptó formatos diversos, en momentos salteados. A pesar de

que tenía un carácter decididamente sindical y de que en muchas ocasiones se encontraba en polémica con los anarquistas de los Estados Unidos, por su posición ante los problemas obreros, puede ser considerada una publicación anarquista por el conjunto de su propaganda y por la amplia colaboración aportada por muchos anarquistas.

207. «Il Martello». Semanario de batalla. New York. Comenzó a publicarse en forma de revista, en 1914. Al estallar la revolución rusa, manifiesta sus simpatías hacia los bolcheviques. Al producirse el fascismo, se transforma en un gran periódico de lucha y propaganda. Y sin ser específicamente un periódico anarquista, colaboran en él anarquistas militantes conocidos, como Paolo Schichi, Gigi Damiani, Armando Borghi, Luigi Fabbri, Hugo Treni. Desarrolla una amplia actividad antifascista durante los largos años de la dictadura mussoliniana. Apareció siempre bajo la dirección de Carlo Tresca, hasta que, en 1943, una mano sicaria lo asesinó en las calles de New York. En 1914, después de la muerte de su animador, se intentó hacer revivir la publicación sobre un pequeño formato de ocho páginas, con el subtítulo de «Quincenario Libertario fundado por Carlo Tresca». Pero resulta menos interesante y sobre todo gastado por las polémicas. El último número corresponde al 4 de marzo de 1946.

208. «L'Adunata dei Refrattari». New York. Inicia su publicación como órgano quincenal a principios de mayo de 1922 por iniciativa de los amigos de «Cronaca Sovversiva», bajo la dirección de Césare Zonchello. A principios de 1923, Manteniendo aún su gran formato, se convierte en semanario y desde entonces continuó su publicación sin interrupción, ocupando uno de los primeros puestos entre las publicaciones anarquistas. A partir del número del 1 de mayo de 1928, adopta un formato más pequeño a ocho páginas y a tres columnas, formato que mantiene actualmente. Su labor durante la revolución española, como durante la última guerra mundial, ha sido importantísima, así como su contribución concreta aportada en pro del resurgimiento del movimiento anarquista en Italia, después de la caída del fascismo. Desde 1928 se mantiene con la dirección de Max Sartin. Colaboran las mejores plumas del movimiento anarquista internacional.

Entre los colaboradores regulares (de la lengua italiana) podemos citar a Gigi Damiani, que falleció en noviembre de 1953; C. Lalli, Dando Dandi, Ugo Fedeli (Hugo Treni), Nino Napoletano, etc.

209. «La Comune». Primera serie. Filadelfia. Editado por el círculo «Francisco Ferrer». Publica algunos números en 1912.

Ugo FEDELI

(Continuará.)

Vistazo sobre los valores



OS dice el estudioso de la filosofía, Manuel García Morente, que nuestro vivir consiste en estar en el mundo. Estar en el mundo consiste en tener alrededor nuestro, a nuestro alcance, una porción de cosas, una porción de objetos de toda clase que constituye el ámbito donde nos movemos y donde actuamos.

Dentro de esa porción de objetos de toda clase observamos que unos son de realidad empírica, tales como la silla, las plantas, nuestros libros, etcétera. Estos objetos difieren de aquellos que para la metafísica tienen valor ideal: los objetos lógicos,

los matemáticos, objetos que son intemporales e espaciales.

Pero también se hace palpable en nuestra existencia otra clase de objetos que corresponden a una región ontológica distinta a los objetos ya mencionados, los reales materiales y los reales ideales.

Los objetos de esta nueva categoría tienen la particularidad de ser **valiosos. Su esencia es el ser valiosos, son valencias puras.** Con el descubrimiento de los valores nació la **Axiología**. La ética de los valores — dice Aloys Muller — es la única que da en la esencia de lo moral.

Herbart, Beneke y Lotze, fueron los primeros en

descubrir el problema científico del valor. El valor fué considerado durante algún tiempo como la idea de lo bueno. Pero el bien es sólo una especie del género humano.

El valor no fué tenido hasta hace muy poco como uno de los temas fundamentales de la reflexión filosófica, comenta Ferrater Mora. «El valor se descubre como el fundamento esencial de la concepción del mundo. Consiste, en última instancia, en el predominio de un valor más bien que en el primado de una realidad. La actual filosofía de los valores se vincula de este modo a los esfuerzos de Nietzsche con independencia de la aceptación o negación de la parte concreta de su estimativa».

Hartman, por su parte, rechaza todo relativismo en lo axiológico. No está de acuerdo con la transmutación nietzscheana de los valores, «porque entonces serían los valores productos humanos y no habría que descubrirlos, sino inventarlos. En la Axiología lo inventado carece de poder convincente».

De aquí deducimos que Hartman considera que los valores son objetos ideales que sólo pueden ser aprehendidos por el sujeto, de manera apriori, «en visión intuitiva a priori».

Otro inquieto por el conocimiento de los valores es Stern para quien «los valores forman un reino verdadero con sus reglas y leyes, tal como el mundo de las ideas de Platón». Stern está de acuerdo con Scheler y Kant cuando sostiene que «el ser de los valores es independiente de los bienes y de las cosas». Los valores son fenómenos independientes, cualidades materiales que no se abstraen de los bienes, nos son dados de manera evidente sin que nos sean dados los bienes que los soportan. No hay un deber formal como en Kant, sino que todo deber tiene un contenido, un valor material».

Para Ortega y Gasset la conciencia del valor es general y primitiva. Junto a lo que una cosa es o no es, fué o puede ser se encuentra algo más que la hace valiosa o despreciable, aunque muchas veces pasemos esta estimación nuestra como inexistente.

Siguiendo el pensamiento de Ortega podemos observar que además del conocimiento de las cosas hay que valorarlas, y de su tiempo — especialidad de causa y efecto — existe la jerarquía que les concede los rangos valóricos. Los vocablos utilizados para expresar los valores no nos dan la explicación exacta de lo que es el valor en sí, porque los fenómenos de valor los expresamos con palabras que rodean sólo la significación primaria de la palabra.

Ortega y Gasset nos presenta un estudio acerca de **qué son los valores**. Por su parte, considera que los valores no son cosas agradables, «todo valor se origina en una revalorización previa del sujeto y ésta consiste en una consecuencia de dignidad y rango que hace el sujeto a las cosas, según el placer o enojo que le causan. La complacencia es un estado subjetivo

que no nace del sujeto, sino que es suscitada y nutrida por un objeto, se complace en algo. Su origen es independiente de ella, no se autoorigina, lo agradable no es porque agrada, agrada por su gracia o virtud objetiva. El valor del objeto tiene que hallarse ante nuestra conciencia previamente al otro lado de nuestro agrado; no es nuestro sentimiento de complacencia el que otorga el valor a las cosas, antes bien, lo recibe y, en o con el objeto se regala».

Tampoco los valores son cosas deseables o deseadas: para Ortega, «los valores son los ideales que no hemos realizado y aspiramos a actualizar». Ehrenfels decía que las cosas valen cuando las deseamos, lo único real del valor es nuestro desear. Nuestro sentimiento — siguiendo el pensamiento de Ehrenfels — es el creador de los valores. Debe entonces, buscarse el valor de los objetos en la intimidad del sujeto. Junto con Meinong, él consideraba que el valor es emanación del sujeto, que el valor aumenta con la intensidad del estado psíquico.

«Los valores son como los axiomas matemáticos, nuestro sentir no influye en su verdad; los axiomas matemáticos se ven, son o no evidentes con más o menos claridad, pero nunca con más o menos intensidad. Así mismo, el valor está desligado del sentimiento aunque el sentimiento despierta o se motiva en la valoración, pero es ella misma. Luego el valor de una cosa no consiste en que complazca o enoje».

Los valores son algo objetivo y no subjetivo: «no es nuestro agrado ni nuestro amor, ni es acto del sujeto quien da el valor a las cosas. Es el objeto el que motiva nuestro agrado o desagrado. Por lo tanto, los valores tienen su validez antes o independientemente de que funcionen como metas de nuestros sentimientos, muchos de ellos los reconozcamos sin desearlos y sin gozarlos».

Para terminar, Ortega nos explica, que los valores son cualidades irreales residentes en las cosas: «Su diferencia es radical: ver las cosas es algo; pero para percibir los valores, es menester distinguir los valores de las cosas que valen. Las cosas tienen o no valor, tienen valores positivos o negativos, superiores o inferiores de una u otra cosa, el valor no es una cosa, es tenido por la cosa, los valores no se perciben con los sentimientos ni se entienden con el intelecto».

Estimativa o ciencia de los valores es el estado de verdades evidentes e invariables como las matemáticas. Los valores son positivos o negativos, según sus cualidades. Tienen cualidad, rango y materia.

Cada época y cada grupo social ha tenido su propia forma para determinar los valores. El hombre de ayer y el de hoy ha reconocido los valores o no los ha reconocido. Mediante la Axiología o Estimativa de los Valores podemos apreciar el justo valor de los hechos históricos y también juzgar el mérito de los personajes representativos de una cultura.

Osmán DESIRE

POETAS

de Ayer y de Hoy

HIJO DE LA LUZ Y LA SOMBRA

Tejidos en el alba, grabados, dos panales
no pueden detener la miel en los pezones.
Tus pechos en el alba: maternos manantiales,
luchan y se atropellan con blancas efusiones.

Se han desbordado, esposa, lunarmente tus venas,
hasta inundar la casa que tu sabor rezuma.
Y es como si brotaras de un pueblo de colmenas,
tú toda una colmena de leche con espuma.

Es como si tu sangre fuera dulzura y toda
laboriosas abejas filtradas por tus poros.
Oigo un clamor de leche, de inundación, de boda
junto a ti, recorrida por caudales sonoros.

Caudalosa mujer: en tu vientre me entierro.
Tu caudaloso vientre será mi sepultura.
Si quemaran mis huesos con la llama del hierro,
verían que grabada llevo allí tu figura.

Para siempre fundidos en el hijo quedamos:
fundidos como anhelan nuestras ansias voraces:
en un ramo de tiempo, de sangre, los dos ramos,
en un haz de caricias, de pelo, los dos haces.

Los muertos, con un fuego congelado que abrasa,
laten junto a los vivos de una manera terca.
Viene a ocupar el hijo los campos y la casa
que tú y yo abandonamos quedándonos muy cerca.

Haremos de este hijo generador sustento,
y hará de nuestra carne materia decisiva:
donde asienten su alma las manos y el aliento
las hélices circulen, la agricultura viva.

El hará que esta vida no caiga derribada,
pedazo desprendido de nuestros dos pedazos,
que de nuestras dos bocas hará una sola espada
y dos brazos eternos de nuestros cuatro brazos.

No te quiero en tí sola: te quiero en tu ascendencia
y en cuanto de tu vientre descenderá mañana.
Porque la especie humana me han dado por herencia,
la familia del hijo será la especie humana.

Con el amor a cuestas, dormidos y despiertos,
seguiremos besándonos en el hijo profundo.
Besándonos tú y yo se besan nuestros muertos,
se besan los primeros pobladores del mundo.

(1938.)

Miguel HERNANDEZ



HA SALIDO EL III TOMO DE "La C. N. T. en la Revolución española"

por José PEIRATS

Esta obra no puede faltar en la biblioteca de ningún hombre estudioso y amante de la cultura. Todos, afiliados a la C. N. T. o no, pero espíritus inquietos y deseosos de conocer la historia de la gesta popular más trascendental del siglo XX, han de leer «La C. N. T. en la Revolución Española», libro escrito con profundo objetividad y con la más escrupulosa honradez de historiador, acumulando documentos y datos inéditos y fidedignos.

Aquellos que no hayan adquirido todavía el III tomo, deben apresurarse a pedirlo, a fin de que no se encuentren faltados de la obra completa.

Para ilustración de nuestros lectores, damos a continuación los títulos generales de los capítulos de que se compone el tomo III, ya puesto a la venta.

Capítulo XXVII. — El Pleno Económico de Valencia.

Capítulo XXVIII. — La Nueva Plataforma Sindical.

Capítulo XXIX. — De la victoria de Teruel al desastre de Aragón.

Capítulo XXX. — La crisis interna del Movimiento Libertario.

Capítulo XXXI. — La crisis de agosto y la batalla del Ebro.

Capítulo XXXII. — La política franquista.

Capítulo XXXIII. — La incautación estatal de las industrias de guerra.

Capítulo XXXIV. — Los libertarios en la guerra.

Capítulo XXXV. — El terror en los frentes.

Capítulo XXXVI. — El terror en la retaguardia.

Capítulo XXXVII. — Del Pleno de Octubre a la pérdida de Cataluña.

Capítulo XXXVIII. — El último baluarte.

Capítulo XXXIX. — ¡Ay del vencido!

Precio del volumen: 750 francos. Diez por ciento de descuento a partir del pedido de 5 ejemplares.

Pedidos: Administración del Libro, 4, rue Belfort, Toulouse (H.-G.)

